

Donde cubierta de oro
Purpúrea grana y rozagante seda,
No mengua su decoro
Bailando mano á mano,
En amistosa escena
Con algun horchatero valenciano
La reina del inglés Ana Bolena.
Ni de Lucrecia Borgia el régio sólio
Pierde su hermoso brillo
Porque baila con ella un monaguillo.

II.

Y no hay duda, vive el cielo,
Que en las máscaras se vive
Con libertad, sin recelo,
Y allí es donde se concibe
Que es la igualdad un consuelo.

No le es fácil á mi verso
Hacer la bella pintura
De la sublime hermosura
De aquel pequeño universo,
De aquel mundo en miniatura.

Sin ser torre de Babel
Es sociedad poliglota,
Donde acuden de tropel
De la antigüedad remota
Héroes que ciñen laurel.

Allí vereis á Neron
Prodigar muy bonachon
Amabilidad horrega,
Y bailar un rigodon
Con una pobre pasiega.

Allí á Robespier vereis
Que fué de la Francia el bú,

Y acaso no extrañareis
 Que cene en el ambigú
 Con el buen Luis diez y seis.

Y el obispo Fenelon
 Está haciendo cabriolas,
 Y el grande Napoleón
 Obsequiando á dos manolas
 Con perdices y jamon.

Allá un mozo de café
 Conquistaba ya una turca;
 Pero á lo mejor se fué
 Para bailar la mazurca
 Con el abate L'Epé.

La fraternidad es tal,
 Y no miento en lo que os hablo,
 Que allí observareis al diablo
 Obsequiar á una vestal,
 Que es la mujer de don Pablo.

El marido se amostaza,
 Y en vez de tener cachaza,
 De celos arroja pestes,
 Con su casco y su coraza...
 Que le vistieron de Orestes.

A escitacion del marido
 En desafio renido
 Volaron á la palestra;
 Pero de ella salió herido
 El hijo de Clitemnestra.

Y son los tiempos tan malos
 Que abundan estos regalos,
 Y se ve constantemente
 Que siempre lleva el paciente
 Además de cuernos, palos.

.....
 Trifon, á quien el ódio al trabajo habia conducido al repugnante estado

de perdición en que le vemos, hacia días que se había instalado en una buhardilla, y por pereza no había participado aun á su amigo Mendilueta su nueva habitación.

El banquero había prometido visitar á su amigo, y esta visita era demasiado interesante para que Trifon permaneciese inactivo.

Venció en fin su natural indolencia y escribió sobre un pedazo de papel mugriento, lo que sigue :

« EL CABALLERO TRIFON TIENE EL HONOR DE OFRECER Á SU AMIGO EL SEÑOR DE MENDILUETA, SU NUEVA HABITACION EN LA CALLE DE LAVAPIÉS, NÚMERO 20, CUARTO PRINCIPAL DE LA DERECHA, ENTRANDO POR EL TEJADO, Y LE AGUARDA ESTA NOCHE. NO HAY PRECISION DE QUE SE PRESENTE EN TRAGE DE ETIQUETA; PERO LA ASISTENCIA ES INDISPENSABLE SI QUIERE EVITAR SU COMPLETA RUINA. »

El banquero recibió esta amistosa papeleta por el correo interior.

CAPITULO XLV.

LAS DOS BUHARDILLAS.

Trifon había hecho mil diligencias por averiguar el paradero de la viuda y de los hijos de Ibarrola; pero todas inútilmente.

Sin embargo, la Providencia le había aproximado á estos infelices.

Trifon tenía su buhardilla junto á la de los herederos que buscaba, y estaba muy lejos de saberlo.

En la antiquísima calle de Lavapies ó del Avapies, que de ambos modos han estampado su nombre escritores autorizados, número 20, había dos buhardillas una al lado de la otra.

En la de la derecha vivía Trifon, y en la de la izquierda la familia Ibarrola.

Las dos tenían una puerta en el fondo; pero la de la izquierda tenía además otras dos puertas que daban paso á otra reducida habitacion la una, y la otra á la de Trifon; pero esta nunca se abría.

Iremos alternando los sucesos de una y otra buhardilla para dar realce al contraste que ambas ofrecían entre sí.

La habitacion de Trifon, esto es, la buhardilla de la derecha, estaba enteramente á oscuras.

En la buhardilla de la izquierda, la triste luz de un candil alumbraba débilmente á la viuda y á la hija de Ibarrola.

—Sin duda no le habrán dado la colocacion que le prometieron—decía Adela á su madre.

—¡Pobre Andrés—repuso doña Petra—si recibe un nuevo desaire..... no sé lo que sucederá.

— No le parece á usted, madre, que en el caso de que Andrés hubiera encontrado algo bueno, se hubiera apresurado á participárnoslo?

— Naturalmente, sabiendo la ansiedad en que estamos.

— ¡Válgame Dios! ¿Y qué hará ahora el pobre Andrés?

— No sé; su desesperacion será grande... y me da mucho que temer.

En este momento entra nuestro don Trifon en su buhardilla con el cabo de un fósforo encendido.

— ¡Cáspita! — dijo arrojando el fósforo al suelo y quedándose á oscuras. — ¡Que buenos son mis fósforos! ¡Como queman! Me he abrasado los dedos... Siempre me ha gustado vender buena mercancía. Encendamos la vela del farolito.

Hace por encender un fósforo y no arde.

— ¡Bueno! — esclama. — ¡Que frio hace! Encendamos otro.

Hace por encender el segundo fósforo y tampoco arde.

— ¡Magnífico! El tercero sí que va á prender.

Y el tercer fósforo tampoco arde.

— Eso es la humedad... ¡Vaya el cuarto!... Cien cerillas como estas doy por dos cuartos.

Enciende el fósforo por fin y esclama:

— ¡Que casualidad! Venga mi bujía de esperma.

Coge la vela de sebo y poniéndola en la boca de una botella, esclama:

— ¡Precioso candelero!

— ¿? Quién ha dicho que no se parecen los dias? — preguntaba tristemente Adela á su madre.

— El que tal dijo no conocia los dias sin pan.

Creemos inútil advertir que los habitantes de una de las dos buhardillas no veian ni podian oir nada de cuanto pasaba en la otra.

— ¡Salve, alcázar de la mendicidad! — esclamaba Trifon paseando una mirada por su alrededor. — ¡Salud, palacio de la pereza! ¡Taller de hipocresías, yo te bendigo!

Y diciendo esto saca de su bolsillo una botella de aguardiente, y bebe.

— La luz se apaga, madre — decia Adela. — No hay aceite en el candil.

— Mejor así no veré tus lágrimas, ni tú las mias... ¿Qué tenemos que contemplar en nuestros rostros sino la espresion del hambre y del descontento?

—Pues señor, este chorizo está mas duro que el corazon de Mendilueta— dijo Trifon desenvolviendo un chorizo de un papel y comiéndolo.—De seguro me estoy cenando carne de algun caballo de la última corrida de novillos. ¡Un real me ha llevado el picaro del choricero!..... ¡Que frio entra por las rendijas!...

— ¡Y somos tres!..... — exclamaba doña Petra para sí.— ¡Tres que sufrimos! Si fueran ellos dos solos... son jóvenes... tal vez podrían... ¿De qué les sirvo yo?... Les soy una carga pesada... un estorbo...

Y diciendo esto se aproxima á una ventana.

Adela á su turno reflexionaba de este modo:

—Luis... mi adorado Luis... ya no te veré mas. ¿Qué hará en este momento? Sin duda estará al lado de Eloisa... tal vez jurándola amor... ¡Oh! no... nunca supo mentir.

Doña Petra continuaba:

—Sí... sí... mi vida está de mas en este mundo... demasiado he vivido.

Trifon, sentado junto á su asquerosa mesa de pino, hacia reflexiones mas alegres, en estos términos:

—Es preciso pensar con mucha madurez lo que mas puede convenirme... El asunto es de importancia.... A mí me gusta el orden en los negocios graves.... Mendilueta vendrá luego á buscar el recibo del difunto... ¿Cuánto podré pedirle por él?

Adela se esforzaba por atenuar su amargura con este desgarrador consuelo:

—Dicen que los que se aman se reunen en el cielo.... Esta misma noche iré á esperarle.

Y la pobre madre se decía:

—Mañana... ya no despertaré.

Adela continuaba para sí:

—Yo no puedo vivir sin su amor.... sin la esperanza de ver feliz á mi madre.... y á mi hermano.... Viéndoles á los dos consumirse de dolor... de hambre... yo no puedo mas, es preciso morir.

— ¿Quién vivirá en la buhardilla inmediata? Algun capitalista como el nieto de mi abuela—decía Trifon.—Es menester tapar las rendijas.... Pasa un airecillo acanalado que da gusto; pero no quiero morir de una pulmonía... Seria lástima en vísperas de ser rico... Esa puerta que da á la otra buhardi-

lla... bien podian haberla tabicado.

Tapa todas las rendijas con pingajos que saca de debajo de un jergon , y sentándose otra vez á la mesa , come y bebe con avidez.

— El aguardiente — dice — es á propósito para ayudar á la reflexion. Voy á pedirle cuatrocientos mil reales... es una cantidad decente.... Y cuando la tenga beberé ron en vez de aguardiente ; y en lugar de comer en el figon de la *tia Marañas* , me haré traer la comida de la mejor fonda de Madrid... Las probaré todas... la del Caballo blanco, la de Perona , la de Lhardy , etc., etc. Tambien compraré una casa... Quiero ser propietario... Y bajaré los alquileres para hacer una cosa estraña que haga ruido... Siempre me ha gustado hacer ruido...

— Si pudiera alejar á mi madre — decia Adela para sí — encenderia un brasero...

Doña Petra se aproximó á su hija.

— ¿ Madre? — dijo esta con voz apagada.

— ¿ Me decias algo , hija mia? — repuso con acento trémulo doña Petra.

— Creí que me hablaba usted.

— En efecto... queria decirte...

Doña Petra no pudo continuar.

— ¿ Qué , mamá?

— ¿ No te parece que tarda mucho Andrés?

— Estoy temblando por él.

— Yo tambien temo alguna desgracia.

— ¿ Qué podriamos hacer?

— Recelo que el pobrecito no habrá conseguido nada. De todos modos... tal vez en el último extremo habrá ido á casa de la señora Juana.

— Lo dudo mucho.

— Esto favorece mi proyecto — pensó Adela , y en alta voz añadió : — ¿ Por qué no va usted , madre mia?

La infortunada jóven deseaba que se alejase su madre para consumir su crimen.

— Cuando ella vuelva — reflexionaba — habré dejado de existir.

Y como la infeliz madre tenia el mismo deseo que su hija , respondió :

— Es que quiero que vengas conmigo.

— ¡ Estoy tan cansada ! Aqui la esperaré á usted.

—No, no..... porque yo pienso subirme de paso á ver á aquella señora que vive en la misma calle que la señora Juana, y tú me aguardarás en casa de esta.

—Como usted guste — y para sí añadió: — me volveré en cuanto la deje.

—Vamos, antes de que se haga mas tarde.

—Vamos.

—Adela... hija mia — dijo doña Petra profundamente afectada — abraza-me antes de salir... esto me dará valor.

—Tambien yo iba á pedir á usted un abrazo.

—Madre é hija se abrazaron llorando amargamente.

Creian darse el último abrazo.

Ambas habian ya perdido el juicio.

Eran las dos modelos de virtud, y sin embargo iban á cometer el mas espantoso de los crímenes.

—Vamos, vamos pronto — dijo la madre con frenética resolución.

—Sí... partamos — añadió la hija.

Las dos salieron de la buhardilla con la horrorosa idea de volver en breve para ejecutar su abominable proyecto.

Mientras esto pasaba en la buhardilla de los Ibarrola, el causante de tantos infortunios estaba en animada conversacion con el inquilino de la buhardilla inmediata, como veremos en breve.

Trifon lee un pedazo de periódico en que habia estado envuelto el chorizo que acababa de cenar.

—La bolsa ha bajado.... en cambio ha subido el pan... vaya lo uno por lo otro... todo tiene su compensacion en este mundo. Seccion de teatros: tenemos los mejores informes de la excelente comedia que ha de estrenarse esta noche. ¡ Paparrucha!... esto lo habrá puesto el mismo autor de la comedia. Parte política... no estoy por la política... prefiero el aguardiente.—Y despues de beber un prolongado sorbo, añadió: —La cristaleria está en decadencia. Quince años atras hacian unos espejos magníficos... uno se veia tan jóven en ellos!... Ahora no gasto yo espejo porque todos son malos... le reproducen á uno con canas y arrugas. ¿Y las botellas? Las hacen ahora tan reducidas... Si yo tuviera un periódico habia de poner como hoja de peregil á los fabricantes de botellas.

Trifon saca de un cajón de la mesa un paquete de cartas llenas de mugre.

— Aquí está mi correspondencia amorosa. También sería excelente para los folletines de un periódico. Esta carta es de la baronesa de Blancaespuma... rubia encantadora que acariciaba mis patillas pidiéndome unas botitas de charol. Aquí hay otra... morenilla de ojos negros... ardiente como un volcán... ¿Y esta? Esta sí que me amaba por mí y no por el interés... Es preciso que sea uno agradecido... Cuando llegue la flota, esto es, cuando Mendilueta me entregue el consabido pico, haré algún regalito á esas inocentes que me ayudaron á disipar mi primera fortuna.

— ¿Amigo Trifon? — exclamó Mendilueta presentándose.

— Límpiase usted bien los pies, cualquiera que sea. — sería lástima que me manchase la alfombra — dijo Trifon riéndose de sus propias gracias; y viendo al banquero, añadió: — ¡Oh, amigo mio!... ¿Es usted? — Tome asiento á mi lado... en este magnífico sofá.

Y Trifon se sentó sobre la sucia manta que cubria el jergon de su lecho.

— Despachemos — repuso con impaciencia el banquero. — ¿Donde está el recibo? ¿Le tiene usted?

— No hubiera usted honrado mi casa, á no saber positivamente que tengo el recibo.

— ¿Cuánto quiere usted por él?

— ¡Cachaza!... Entre buenos amigos, cuentas claras... Hace quince años que falleció de muerte violenta en casa de usted, un caballero que poseía cuarenta y cinco mil duros... y usted se quedó con ellos. Cuarenta y cinco mil duros que con sus correspondientes intereses se duplican...

— Al grano... ¿dónde está el recibo?

Trifon le saca de su bolsillo y enseñándole, exclama:

— Aquí le tiene usted, curioso.

Mendilueta hace un movimiento como para apoderarse del recibo, diciendo:

— Veamos...

— ¡Fuera esas zarpas! — esclama Trifon retirando el recibo. — No hay que tocarle, que muerde.

Mendilueta saca una pistola, y amenazando á Trifon dice con energía:

— El recibo, ó te hago saltar la tapa de los sesos.

— ¡Cáspita! ¡Vaya un lindo modo de pagar á los acreedores!

— Menos palabras, y venga el documento.

—El recurso es antiguo... pero siempre de buen efecto.

—¿Acabas?

—Y me tutea! Es el lenguaje de la buena amistad.

—¡El recibo!—gritó con ira el banquero.

—¡Eh! despacio... no vaya usted á cometer una brutalidad... Una vez que me amenaza usted con una pistola... la cosa es diferente.

—Despacha.

Trifon saca dos enormes pistolas de debajo de su almohada y dice con sarcástica risa:

—Yo tengo dos.

Y las apunta al pecho de Mendilueta, que retrocede con espanto.

—¡Ah!

—Esto es contestar por partida doble.

Este espectáculo de odio, ocurría en el propio momento en que pasaba otro de amor en la buhardilla inmediata.

En efecto, cuando impelidas por su desesperación la viuda de Ibárrola y su hija se abrazaron creyendo que era aquel abrazo su última despedida, fué precisamente cuando Trifon apuntaba á Mendilueta con sus pistolas.

—Me has fastidiado—esclamó Mendilueta.

—¿Verdad que sí?—dijo Trifon soltando una carcajada.—Me había usted tomado por un imbécil... Yo ya sé que es usted una buena alhaja... por eso no me he equivocado en andar prevenido... Todo se reduce á que la bromita le cueste á usted algunos billetes mas.

—Guarde usted esas pistolas, y hablemos razonablemente.

—¡Hola! ya no me tutea usted... siendo tan buen amigo.

—Esas pistolas...

—¿Tiene usted canguelo? Empiece usted por guardar la suya.

—Los dos á un tiempo...

—Cuidado con hacer alguna felonía... tengo buena vista, y estoy mas sereno que usted.

Los dos guardan sus pistolas á un tiempo.

—¿Vamos, cuanto quiere usted por el recibo?

—Treinta mil duros.

—Es mucho.

—Precio fijo... Los comerciantes como yo no regatean.

—Es un disparate.

—No rebajo un maravedí... y si usted no se conforma... la justicia le pedirá mas.

—Me conformo. ¿En qué moneda?

—No quiero oro... no quiero ese vil metal que tantos males causa en el mundo... no tengo el alma tan corrompida que codicie el oro de los demas... Me dará usted los treinta mil duros en billetes del Banco.

—Bueno.

—¿Bueno qué?

—Que daré los treinta mil duros en billetes.

—Eso es... pero ¿cuando?

—Dentro de algunos dias.

—Nada de eso.

—¿Pues cuando los quiere usted?

—Ahora.

—No es posible.

—Pues entonces...

—Mañana mismo.

—Ha de ser esta noche. ¡Dios sabe donde iré á parar mañana!

—Corriente... esta misma noche tendrá usted el dinero.

—Ya he dicho que no me ciega el dinero... me contento con cuatro papeluchos...

—Dentro de un rato traeré yo mismo los billetes del Banco.

—¿Por el valor de seiscientos mil reales de vellon?

—Se entiende.

—¡Que me place! Es usted muy bueno... en sabiéndole conllevar, se le conduce á usted de un cabello.

Mendilueta hace que se va.

Trifon coge la botella donde ardía la vela de sebo, y dice:

—Aguarde usted á que le alumbre... no vaya á romperse la crisma antes de traerme los billeticos.

—Pase usted.

—¡Oh! de algun modo... no faltaba mas...

—Pero...

—Nada, nada..... pase usted sin cumplimientos..... Quiero que pase

usted el primero.

— ¿Es desconfianza?

— Puede ser... ¿Y la pistola?

— En mi bolsillo. ¿Las de usted?

— Debajo de mi almohada... con que adelante.

— Hasta luego.

— Abriguese usted bien, que hace frío.

Y Mendiluetta desaparece.

CAPITULO XLVI.

JÚBILO Y LÁGRIMAS.

Un cuarto de hora habíase deslizado apenas, cuando Adela regresó á su casa mas pálida que nunca, y con trémulos pasos se dirigió aceleradamente á la despensa, que solo se separaba de la habitacion de Trifon por la puerta de las rendijas que tantas veces habia maldecido el fosforero.

— ¡Pobre madre mia!... — pensaba Adela con desgarradora amargura. — Me ha dejado á la mitad del camino... y me he vuelto por el primer callejon... Ya estoy sola... Acabemos de una vez tantos sufrimientos... bastantes lágrimas he vertido... Busquemos el descanso del corazon... en la tranquilidad de la tumba.

Y despues de cerrar la ventana, cerró tambien lá puerta aunque sin llave, porque no la tenia.

Habia puesto ya en un barreño un monton de carbon y le encendió en aquel reducido recinto, que á pesar de los afanes de la desventurada jóven, no estaba herméticamente cerrado, pues entre el suelo y la puerta que daba á la buhardilla de Trifon, habia una distancia de mas del grueso de un dedo.

Así es, que mientras la infortunada Adela arrodillada y llorosa dirigia al cielo su última plegaria, Trifon que seguia embriagándose alegremente, con la esperanza de ser en breve todo un caballero capitalista, apercibióse del tufo, y exclamó:

— ¡Huele á carbon que apesta! Sin duda mi vecino está asándose una chuleta... Será hombre de dinero... como yo... ¡Que buena vida voy á dar-

me! Pero yo no he de venir á una buhardilla á cenarme las chuletas... Cás-pita que sueño tengo!... Sentiria dormirme antes de cobrar mi capital... Encenderé otro puro para acompañar el poco aguardiente que me queda en la botella... Me duele algo la cabeza... Mañana me daré baños de mostaza en mi nueva habitacion. Diré á uno de mis lacayos que me dé unas buenas friegas... No, mejor será que las friegas me las dé el ama de gobierno... porque será preciso tener una ama de gobierno... así... bien parecida...

En este momento cayó la pobre Adela en el suelo balbuceando con mucha dificultad:

— ¡Per...don Di...os mi...o!

Doña Petra llegó á casa para consumir el mismo atentado que su hija.

Y mientras el rigor de sus infortunios hacia olvidar á estas dos pobres criaturas los deberes que impone nuestra sublime religion á los cristianos, mientras los ojos de doña Petra y de su hija vertian las últimas lágrimas que arrancaba el dolor de sus lacerados corazones, el júbilo de la muchedumbre que se cruzaba por todos las calles de Madrid en pos de los alegres bailes de máscaras, rayaba casi en locura.

Y eso que ya por la tarde se habia reproducido el espectáculo de todos los años, que en otra ocasion hemos descrito del modo siguiente:

«A las cuatro de la tarde estaba Madrid animadísimo.

Cruzábanse en todas direcciones alegres comparsas de máscaras, cuya diversidad de caprichosos atavíos es imposible describir.

Todas las raras antigüedades de las prenderías, los apollados trages que deslumbraron algun dia á los espectadores en los teatros de óperas ó comedias de grande espectáculo, alternaban con los airosos vestidos de majo, con los negros guñapos del travieso estudiante de otros tiempos, y con esos casacones y empolvadas pelucas, símbolo de la gravedad de nuestros antepasados.

No parecia sino que todos los paises y las generaciones todas habianse reunido en Madrid.

Aquí, un ridículo jorobado, veíase precedido de una multitud de chiquillos ansiosos por coger con la boca un miserable higo seco que aquel llevaba pendiente de una caña por medio de un bramante, á la cual daba golpes con un palo para que agitándose el babeado fruto no fuese tan fácilmente presa de la infantil gazuza.

Allí otro, en traje de arlequin, sudando á mares, corria detras de una naranja que arrojaba él mismo y volvia á coger si alguna diestro muchacho no andaba mas listo en apoderarse de ella.

Mas allá divertíanse otros dos, vestidos de marineros ingleses, en darse *trompis* con la mas brutal propiedad, parodiando la civilizacion de los hijos de la Gran Bretaña que censuran nuestras luchas de toros.

Multitud de corpulentos asturianos, disfrazados de labanderos, andaban á la greña á lo mejor y acababan por zurrarse la badana, imitando las poéticas escenas que suelen acontecer entre las encantadoras ninfas que concurren á orillas del famoso Manzanares.

No faltó en esta bulliciosa y animada enciclopedia, el macareno contrabandista montado en su brioso jaco ostentando el puro en la boca, su indispensable tabuco en la diestra, y en la grupa su peregrino pimpollo, que equivale á decir una de esas *jembras* rumboas de ojos homicidas, que solo germinan en el suelo español, con mas gracia que una amnistía y mas sal que un alfóli.

Veíanse algunos grupos alegóricos, y si bien es verdad que en la mayor parte de las mascaradas escaseaba el ingenio, las habia de gran *chispa*, particularmente en la multitud de tiznados, cuya diversion consistia en visitar una tras otra todas las tabernas de Madrid y libar en cada una de ellas el delicioso nectar de Lieo.

Otras cuadrillas de corpulentas y nauseabundas sílfides, ligeras como el plomo, profanaban los respetables nombres del bolero, de la jota y del fandango, agitándose al son de una destemplada bandurria y del canto chillon de aguardentosas sirenas.

Pero las cuadrillas que mas algazara solian mover, eran las que vestidas de estudiantes y provistas de sus correspondientes instrumentos, entonaban alegres cantares al compas de esas canciones españolas que siempre arrebatan. »

Desde que escribimos las precedentes líneas, hemos observado con disgusto, que ya no son estudiantes los que cantan las estudiantinas, sino comparsas de teatro, esto es: cuadrillas de jóvenes con trages iguales de percalinas de color, que quitan toda la gracia y sabor picaresco que el antiguo traje estudiantino destella; en una palabra, se ha convertido una cosa agradable en una tontería, que la hace cada vez mas pesada la tenacidad con que

los individuos de las nuevas comparsas interrumpen el paso de los transeuntes para pedirles limosna.

Son unos hombres barbudos y empalagosos que parodian á las candorosas niñas de la Cruz de mayo.

Si aquello se prohibió, no es razonable que esto se tolere.

La casa en cuyas buhardillas vivia Trifon y la familia Ibarrola, estaba inmediata á otra que formaba esquina, en cuyo piso bajo habiase establecido la mas espaciosa y mejor taberna de las muchas que campean en la democrática y bulliciosa calle de Lavapiés.

Sin duda cuando Trifon alquiló semejante sitio, tuvo presente estos célebres versos de Alcazar:

Grande consuelo es tener
La taberna por vecina.

El diabólico estruendo de las máscaras que se estaban emborrachando en la taberna, la gritería de sus brindis y los alegres cánticos que resonaban por doquiera, hacian mas horroroso el silencio que reinaba en la buhardilla de la viuda de Ibarrola, donde apenas se oian los gemidos de una jóven moribunda, y los rezos de su madre que tambien se encomendaba á Dios por última vez.

Doña Petra, creyéndose sola, oraba en alta voz arrodillada ante una imágen.

Adela oyó sus oraciones, y se estremeció al saber que tambien su madre atentaba á su vida.

Hubiera querido impedirlo; pero no tenia fuerzas para levantarse y gritar.

Doña Petra habia estrañado el tufo de carbon que se dejaba sentir, y creyó que tendria su origen en la buhardilla inmediata.

La desgraciada viuda habia resuelto suicidarse con fósforos en aguardiente.

Ya tenia el aguardiente en el vaso y los fósforos estaban en gran cantidad sobre una mesita de la despensa, donde ella los habia dejado para consumir su abominable proyecto á la primera ocasion propicia que se le presentase.

Terminada su plegaria dirigió sus vacilantes pasos á la despensa, y notó que el tufo del carbon se hacia por momentos mas sensible.

Un sordo rumor, como de una persona agonizante, la contuvo.

— ¿Qué es esto? — exclamó con espanto. — Me habia parecido oír un gemido... Sin duda es el miedo... Apenas me siento con fuerzas para andar... ¡Dios mio!... Dame valor...

Y abriendo repentinamente la puerta, vé á su hija tendida al siniestro resplandor de las áscuas.

— ¡Qué veo! — gritó — ¡Hija mia!

— ¡Madre! — balbuceó con dificultad la pobre Adela.

— ¡Desgraciada! ¿qué haces?

La salida del humo por la puerta que la viuda habia dejado sin cerrar, fué muy favorable á la jóven que se estaba asfixiando, y pudo recobrar el uso de la palabra.

— ¿Y usted, madre mia?

— ¡Yo!

— Todo lo sé..... tambien quiere usted morir... como yo... He oido sus oraciones...

— ¡Me has engañado, Adela!

— ¡Y usted me ha engañado tambien, madre!

— ¡Morir!... tú, hija mia... mi adorada hija.... ¡tan jóven!... ¡tan hermosa!... No... no quiero... Muera yo en buenhora... yo que estoy de mas en el mundo...

— ¿Y qué haria yo sin mi madre?

— Tú... en la flor de tus años... ¡Es tan hermosa la vida á tu edad!...

— Cuando una es desgraciada...

— Te queda la esperanza... el porvenir...

— ¡El porvenir!... Un porvenir de pesares.... de lágrimas... El porvenir es bello para los que tienen un presente... pero yo no quiero conocer mi porvenir... le tengo miedo...

— ¡Valor, hija mia!

— Le tengo para morir; pero no para prolongar una vida llena de sinsabores...

— ¡Dios mio!

— A fuerza de sufrir... en el colmo de la miseria... el valor desaparece...

se pierde la cabeza... ¡y hay jóvenes desdichadas que se venden!

— ¡Calla!... ¡calla; hija mia!

— Ya lo vé usted, madre, vale mas evitar el peligro de vivir deshonrada.

— ¡Deshonrada tú!... — exclamó doña Petra llorando. — ¡Oh! ¡jamás!... ¡jamás!... Antes la muerte.

— Sí, antes la muerte — repitió Adela haciendo esfuerzos para levantarse.

Doña Petra ayudó á su hija, y la recibió en sus brazos diciendo:

— Primero que ver mancillado tu honor... quiero morir contigo...

— Muramos las dos si es preciso...

— Sí, si — exclamó la madre como impelida por un acceso de locura — muramos.

Y cerró la puerta de nuevo.

Luego sentándose en una silla, añadió:

— Adela, ven... siéntate aquí.

— Sí... á los piés de usted — dijo la pobre jóven.

Adela se arrodilló delante de su madre.

Doña Petra estrechó la cabeza de su hija con las dos manos, y ambas se llenaron de besos, confundiendo los raudales de sus lágrimas.

Adela se sentó en el suelo, doblando la cabeza sobre las rodillas de su madre.

— Así... — dijo la infeliz. — ¡Cuántas veces me he dormido de este modo!

— Es cierto... y yo te mecia... contemplando tu dulce sueño... y halagándole con ilusiones de felicidad.

— Muchas veces... madre mia... habré causado á usted pesares sin querer... la habré ofendido... la habré hecho derramar lágrimas... madre mia... perdóneme usted... perdóneme usted, y concédame su bendición.

— Sí, hija mia... — repuso entre sollozos doña Petra — yo te perdono y te bendigo... Perdóname tú tambien el no haber sabido hacerte dichosa.

— ¡Madre!... ¡madre!...

— ¡Hija de mi alma!

— No me deje usted.

— No, no, Adela.

— ¡Madre mia!

— ¿Qué tienes?

— No sé...

— Ruega á Dios.

— Si... él se apiadará de nosotras...

— ¡Piedad!

— ¡Ay!

— ¿Qué tienes, hija mia?

— Mi cabeza...

— ¡Dios mio!.... ¡Perdon!... yo tambien me siento desfallecer.

Un momento despues reinaba un silencio sepulcral.

LA COLOCACION.

Y con su caracter de... y con su caracter de... y con su caracter de...

Tanto á don... tanto á don... tanto á don...

A media tarde se habia despedido Andrés de su madre y de su hermana...

decididos que fueran lo aguardaba para tomar este en el de la Forta, don-
de habian de hablar á un caballero que les habia convidado con el objeto de
hablar sobre cierta colocacion.

— Habia dias que Andrés estaba desesperto y lacrimoso...

— Doña Petra y Abela creian serle una carga insoportable, porque lo oian
decir á menudo que un hombre solo facilmente se ingenia para vivir; pero
que lo que hacia su situacion mas cruel, era el ver padecer á su madre y á

su hermana y no saber como proporcionarles una subsistencia decente.

— En efecto, Andrés era desahogado porque sabia mas los paises de las
dos unicas personas que le interesaban en el mundo, que los suyos propios;

pero esto sucedia así precisamente porque estaba mucho á su hermana y á su
madre, cuyo bienestar habia perdido el suyo.

— Doña Petra y Abela participaban de la desconfianza de Andrés y tomaban
por el mal resultado de su administracion, mayormente viendo que tar-

CAPITULO XLVII.

LA COLOCACION.

A media tarde se habia despedido Andrés de su madre y de su hermana, diciéndoles que Lucas le aguardaba para tomar café en el de *La Perla*, donde habian de hallar á un caballero que les habia convidado con el objeto de hablar sobre cierta colocacion.

Hacia dias que Andrés estaba desesperado y taciturno.

Doña Petra y Adela creian serle una carga insoportable, porque le oian decir á menudo que un hombre solo fácilmente se ingenia para vivir; pero que lo que hacia su situacion mas cruel, era el ver padecer á su madre y á su hermana y no saber como proporcionarles una subsistencia decorosa.

En efecto, Andrés era desdichado porque sentia mas los pesares de las dos únicas personas que le interesaban en el mundo, que los suyos propios; pero esto sucedia así precisamente porque amaba mucho á su hermana y á su madre, cuyo bienestar hubiera preferido al suyo.

Doña Petra y Adela participaban de la desconfianza de Andrés y temblaban por el mal resultado de su última gestion, mayormente viendo que tar-

daba tanto despues de haberles prometido que si ocurría alguna cosa favorable correría á participársela.

El temor de volverle á ver mas taciturno y desesperado que nunca, contribuyó sin duda á que perdiesen el juicio hasta el punto de ejecutar la desastrosa escena con que hemos terminado el anterior capítulo.

Entre tanto Andrés había sido muy bien recibido por el caballero del café, que no contento con obsequiarle, lo mismo que á Lucas, á quien hizo sentar á su lado á pesar de su chaqueta y de su calañés, y que ambos tomasen su correspondiente café con leche y el indispensable plus de ron, marasquino y noyó, quiso que le acompañáran despues á su casa, para que Andrés conociera á su familia.

Este fué el motivo de la tardanza de Andrés en participar á su madre y á su hermana el buen éxito de la entrevista que vamos á describir.

Hacia algunos días que Lucas estaba pintando en un almacén de la calle de Postas recién construido para depósito y venta de todo linage de sedería, y con su carácter jovial y despejado, había conseguido granjearse las simpatías del dueño de este nuevo establecimiento mercantil.

Tanto á don Manuel, que así se llamaba este caballero, como á su respetable consorte, doña Josefa, haciales mucha gracia el carácter de Lucas y se reían de sus ocurrencias, cuando no escuchaban con respetuoso silencio sus melodías de barítono ó la relacion de algun galán de capa y espada.

Don Manuel y doña Josefa no tenían hijos, y hablando de los chistes, de la honradez y hasta del talento de Lucas, que tan bonitas cosas sabía recitar y cantar, se propusieron hacerle feliz.

Con esta idea, y de acuerdo con su esposa, don Manuel llamó un día á Lucas, y tuvo con él el siguiente diálogo:

—¿Está usted contento con su suerte?—preguntó el comerciante.

—Sí señor, aunque no me faltan deseos de progresar.

—¿Qué entiende usted por progresar?

—Emanciparme del maestro..... trabajar de mi cuenta..... y cambiar mi chaqueta de esclavo ó dependiente, por la levita de hombre libre.

Y Lucas empezó á cantar:

Libertad, libertad, sacrosanta,
Nuestro nùmen tu siempre serás...

Al llegar aquí, don Manuel que era de los buenos liberales *doceañistas*, grande admirador de Argüelles, y habia sido nacional voluntario á los catorce años, se entusiasmó, y con voz de *basso profundo*, acompañó á Lucas en los dos restantes versos:

Puedes vernos morir en tus aras;

Mas vivir en cadenas... ¡jamás!

—Pues bien—añadió el comerciante—yo puedo proporcionar á usted esa emancipacion que desea.

—Gracias, señor don Manuel—repuso Lucas—pero tambien yo he tomado hace tiempo mis medidas, y antes de que pasen dos semanas... me emancipo... me declaro libre...

Libre Lucas, feliz é independiente...

—¡Como!

—Casándome.

—¡Linda manera de salir de esclavitud!

—Saldré de la esclavitud de mi maestro...

—Y entrará usted en la de una mujer.

—Cuando uno es esclavo de unos bellos ojos...

—Deje usted el casamiento para mas adelante.

—¿Para cuando sea viejo?

—¿Por qué no? El hombre no debe casarse demasiado jóven.

—Y mucho menos demasiado viejo,

Pues podria suceder

Que sucesion no alcanzase,

Y casado me quedase;

Y en un viejo una mujer

Es en un olmo una yedra,

Que aunque con tan varios lazos

La cubre de sus abrazos,

El se seca y ella medra.

—Yo me casé jóven, y tampoco he tenido sucesion, sin duda por culpa de mi mujer.

—Como el tío de *Marcela*.

—De todos modos quiero hacer á usted una proposicion. Ya sabe usted que estoy en visperas de abrir mi almacen de sederías.

—Como que yo he pintado las vidrieras, la anaquelaría, y todas las puertas y ventanas.

—Es verdad, y desearia que con eso hubiese usted terminado su carrera de pintor, para empezar otra mas brillante y productiva.

—¡Otra carrera!

—La de secretario... Hasta los ministros no son mas que secretarios, y vé usted si es carrera brillante.

—¿Y sabe usted si yo sirvo para eso?

—Yo le iré á usted instruyendo... y como ha de ser usted secretario mio, estoy cierto de que desempeñará usted á mi gusto su nuevo empleo. Todo se reducirá á escribir algunas cartas y hacer anotaciones en los libros... cosas que con el talento que usted tiene, ejecutará con la mayor facilidad, y en premio de su trabajo, que no será mucho, puede usted contar por ahora con siete mil doscientos reales al año, que viene á resultar casi un duro diario.

—Desde luego admitiria la colocacion que usted me propone; pero deseando corresponder dignamente á la confianza con que usted me honra, le haré á mi vez una proposicion.

—Esplíquese usted.

—Yo, gracias á Dios, estoy muy contento con una profesion que me produce mas de lo que necesito, y que me producirá doble cuando me separe enteramente de mi maestro, que va á ser dentro de muy breves dias; pero conozco á un caballero muy á propósito para el objeto que usted le desea.

—Mi principal objeto era hacer la felicidad de usted.

—Doy á usted de nuevo las mas espresivas gracias; pero yo me considero ya feliz, y si usted confia el empleo de que se trata al jóven que le propongo, al paso que me dispensará usted á mí un especial favor que me tendrá eternamente obligado, hará la dicha de una familia entera, con la ventaja de que tendrá usted un secretario muy instruido, de mucho talento y sobre todo honrado como el que mas.

Lucas hizo una detallada esplicacion de las desgracias de la familia Ibar-

rola, y de las virtudes de cada uno de sus individuos, ponderando sobre todo los talentos de Andrés; y fué tan elocuente en su narracion, sin embargo de haber intercalado en ella, como tenia de costumbre, algunos retazos de comedias, que mas de una vez arrancó lágrimas á don Manuel y á doña Josefa, los cuales le escuchaban con el mas vivo interés.

Este habia sido el origen de la cita en el café de *La Perla*, donde don Manuel habia quedado tan prendado de las esplicaciones, de los modales, y del simpático aspecto de Andrés, que se obstinó en presentarle sin dilacion á su esposa.

El jóven Ibarrola cayó tambien en gracia á la mujer del comerciante, y ambos se esmeraron en prodigarle palabras de consuelo.

Pero don Manuel no se contentó con sus buenas palabras y enterado perfectamente del estado lastimoso en que se hallaba Andrés, empeñóse en hacerle admitir sobre el acto los seiscientos reales correspondientes á la primera mensualidad del empleo que habia aceptado, y que el comerciante puso espontáneamente por condicion pagarle por meses adelantados.

Andrés recibió aquella cantidad salvadora, prodigando á su nuevo gefe las mas sinceras muestras de gratitud, y se dirigió corriendo á su casa, muy ageno de pensar en el horrible espectáculo que le aguardaba.

Satisfecho Lucas de haber sido el causante de la felicidad que comenzaba á sonreír á una honrada familia que tantos infortunios habia experimentado, se dirigió en busca de su Carmen, á quien habia prometido llevar, con el permiso de sus respectivas mamás, á uno de los muchos bailes de máscaras que en aquellos dias de ebullicion constituyen lo mas animado del carnaval de Madrid.

El gozo del honrado pintor rayaba casi en locura, así es, que durante el tránsito iba recitando unos versos de Villergas, que el mismo autor califica de *glosa atroz*; dicen así:

El martes de carnaval

Un gallo muerto de risa

Salió en mangas de camisa

Del Hospital General.

Dió tal tropezon Colon

Dejando los patrios lares,
 Que gritó al pasar los mares
 ¡ Viva la Constitución!
 Mas no quiso Salomon
 Asistir al funeral,
 Que andaba una catedral
 De rabia vendiendo queso
 Porque le salió un divieso
El martes de carnaval.

Valientes como dragones
 Iban á caza de gangas
 Una montera con mangas,
 Un melonar con calzones,
 Una casa con faldones,
 Un gaban con cortapisa;
 Y vieron con mucha prisa
 Llegando al campo de Marte
 Confesando á Bonaparte
Un gallo muerto de risa.

Yo vi la ciudad de Vich
 Con Aranjuez de bracero
 Mientras bailaba el bolero
 El castillo de Monjuich.
 El príncipe Meternich
 Pidió limosna á Remisa;
 Mas como tocaba á misa
 San Jorge con su arcabuz,
 La torre de Santa Cruz
Salió en mangas de camisa.

Fué Moratin á Burdeos
 Por una bota de vino
 Y por no perder el tino

Se remangó los manteos.

¿Qué hizo el patio de Correos

Al saber prodigio tal?

Presentar un memorial

Al sacristan de Alicante

Para hacerse practicante

Del Hospital General.

CAPITULO XLVIII.

EL AMOR DE UNA COQUETA.

Quando el banquero Mendilueta dejó la buhardilla de Trifon para ir por la cantidad que le reclamaba, llegó á su casa iracundo, y sin acordarse que habia prometido ir á buscar y pagar cierto aderezo que su mimada Eloisa necesitaba aquella misma noche, para completar el traje de valenciana con que habia resuelto presentarse en el baile de máscaras del Teatro Real, cerróse en su despacho mientras su hija se estaba vistiendo en su tocador.

— Es muy duro— pensaba Mendilueta— tener que dar á ese tunante una cantidad tan crecida como la que me reclama; pero no hay remedio, el recibo de Ibarrola no está bien en sus manos, debo apoderarme de él á todo trance, y ha sido un imbécil en no pedirme todo su importe, porque hubiera tenido que entregárselo á mi pesar. Apresurémonos pues á llevarle los treinta mil duros.... no sea que se le antoje pedirme mayor cantidad. Una vez obre en mi poder el único documento que puede comprometerme, ya nada tendré que temer. Coatemos los billetes.... ¡Qué lástima de dinero!.... Pero antes que todo es mi tranquilidad... Las cosas se han ido poniendo de mal en peor... La tenacidad de la niña en no admitir mis beneficios... Hay criaturas muy imbéciles en este mundo...

En este momento oyó llamar á la puerta.

— ¿Quién es?— preguntó con enojo el banquero.

— Soy yo — respondió con amabilidad Eloisa.

Mendilueta metió precipitadamente los billetes que necesitaba en una cartera y abrió la puerta de su despacho.

— Aquí tiene usted á una valencianita de la huerta, que viene por su aderezo... — dijo Eloisa.

— Sí... para aderezos estoy ahora... — murmuró Mendilueta.

— ¿Será usted capaz de no habérmelo traído?

— Ni me he acordado mas de él.

— ¿Y tiene usted valor para presentármese?...

— ¡Silencio! — gritó con ira el banquero — no me venga usted ahora á aumentar mi mal humor con sus impertinencias.

— ¡Me gusta la salida!... cuando soy yo la que debo enojarme...

— Usted, señorita, tiene que guardar el debido respeto á su padre.

— ¿Pero qué es esto?

— Nada... déjeme usted en paz... tengo precision de salir.... no sé á que hora volveré...

— ¿Y no me acompañará usted al baile?

— No estoy para bailes.

— ¿Pues qué ha sucedido?

— Nada.

Y Mendilueta se lanzó bruscamente á la calle.

— Hace dias que está mi padre desconocido — reflexionaba Eloisa — ya no me demuestra el cariño de otras veces... no cree en mis lágrimas... no le conmueven mis convulsiones.... anda siempre distraido y triste.... ¿qué será esto? Poco me importarian sus groserias y ridiculeces hallándome en vísperas de casarme; pero la jugarreta de hoy pasa ya de castaño oscuro.... ¡No traerme el aderezo! ¡No querer acompañarme á las máscaras! Me haré acompañar por don Florencio.... por ese jóven tan amable y servicial.... En llevando careta puede una ir con quien le diere la gana.

En este momento suena una campanilla.

— Ya está aquí... Bien sabia yo que no faltaria á la cita.

Eloisa corrió á la sala, y un instante despues se le presentó un elegante jóven.

Este jóven no era el amable don Florencio á quien esperaba, sino el conde de Campofrio su futuro esposo.

— ¡No es él! — exclamó para sí Eloisa, y no pudo ocultar la espresion de su disgusto.

— ¿Incomodo, Eloisa? — preguntó el conde antes de sentarse.

— ¡Incomodarme la persona que mas me interesa en el mundo!

— Gracias, Eloisa, por el estremado cariño que usted me profesa — dijo el conde con frialdad.

Y tomó asiento al lado de la hermosa jóven.

— ¡Solo las gracias!

— ¿Qué mas quiere usted?

— Que corresponda usted á mi cariño.

— Puede usted estar segura de que la amo..... con la misma sinceridad que tanto resplandece en el amor que usted me profesa.

— ¡Y nada me dice usted de mi trage!

— Ya veo que está usted preparada para el baile.

— Usted no quiere acompañarme...

— Sabe usted que estoy de luto...

— La mascarilla y el dominó todo lo permiten.

— Es una máxima de usted, con la cual no estoy conforme.

— Siempre en oposicion á mis ideas.

— No es culpa mia... Si usted opinase en todo como yo... estaríamos siempre conformes.

— Eso es... si yo sujetára mis opiniones á las de usted..... ¿Y por qué no ha de sujetar usted las suyas á las mias?

— Yo no digo que usted violente sus opiniones, sino que no habria divergencia si fuesen iguales á las mias, y esta es una verdad de Pero Grullo.

— Vamos, confiese usted que á medida que se aproxima el ansiado momento de nuestro enlace, va usted adquiriendo ciertos resabios de marido... que no me hacen maldita la gracia.

— Hay tantas cosas que tampoco me caen en gracia á mi..... y tengo que pasar por ellas.

— ¿Por ejemplo?

— Permítame usted callarlas.

— Una de ellas la esplica muy terminantemente el silencio de usted.

— ¿Qué esplica mi silencio?

— Una de las cosas que no le han caido á usted en gracia.

—Ahora preguntaré yo á mi vez ¿por ejemplo?

—El lindo traje de valenciana de la huerta que visto.

—El traje es verdaderamente lindísimo, y con él está usted lo mismo que con cualquiera otro... siempre encantadora.

—Y usted diciendo siempre lo que no siente.

—Bien sabe usted que cuando elogio su belleza digo la pura verdad.... Tiene usted pocas competidoras en Madrid... tal vez ninguna... Hoy se lo repetirán á usted mil veces en el baile.

—¿Quién?

—Todo el mundo.

—Si usted estuviera allí...

—No haré yo ninguna falta.... ya encontrará usted otros muchos amigos.

—Pero no mi predilecto.

—¿Quién sabe!

—¿Piensa usted ir?

—No por cierto...

—Entonces...

—¡Hola! —esclamó en este momento un jóven que invadía el salon haciendo afectadas cortesías con el sombrero en la mano y calados los quevedos—celebro encontrar aquí á los presuntos esposos juntitos como dos tortolitas... sin duda ya preparados para ir al baile del Teatro Real.

—Lo que es yo.... no voy —dijo el conde.

—Pero madamita, sí—repuso don Florencio.—Ya la veo tan hermosa y elegante como acostumbra. Es lindísimo ese traje de valencianita.

Y con un rápido movimiento de nariz, don Florencio hizo que se apearan de ella los quevedos sin el auxilio de la mano, que presentó con mucha franqueza á Eloisa, y esta le dió la suya en obediencia al rigor de la moda.

Don Florencio tomó asiento á la derecha de Eloisa, y le dijo:

—Le sienta á usted perfectamente ese traje.

—Eso mismo acaba de decirme el conde; pero no sé si deba creerlo.

—¿Por qué?

—Son ustedes tan adaladores...

—Yo creo que ni el conde ni yo hemos dado á usted motivo para desconfiar de nuestras palabras, y no cabe la adulacion donde está la verdad...

—¿Y qué verdad es esa?

—Que está usted muy linda y muy elegante con el airoso traje de valencianita.

—Será preciso creerlo; pero me falta aun el adorno principal.

—¿Mas adornos aun? La verdadera belleza no tiene necesidad de tantos atavíos... ¿no es cierto conde?

—Ciertísimo— contestó este haciendo sobrehumanos esfuerzos por disimular su fastidio.

Debemos prevenir á nuestros lectores, que en el tiempo que el conde de Campofrío llevaba de trato con Eloisa y su padre, habia creído penetrar el verdadero motivo de la generosidad con que le habian auxiliado en sus apuros.

No tardó en conocer la insaciable codicia del banquero, y el desmedido orgullo de su hija.

Sospechaba ademas que esta jóven no le amaba, y que únicamente se habia mostrado generosa por el deseo de llegar á ser condesa.

Ademas de la insoportable vanidad que la dominaba, era tal la imprudencia de Eloisa, que no se abstenia de ejercer delante de su prometido, una coquetería insoportable.

Eloisa admitia los galanteos de un crecido número de adoradores, entre los cuales merecia notable predilección el jóven don Florencio, uno de esos *Dandys* antipáticos, que á fuerza de querer hombrrear antes de tiempo escitan el desprecio universal.

Todo esto lo sufría el conde con resignacion, y tal vez se hubiera decidido á abandonar á una jóven que solo ambicionaba su título, si hubiera hallado en otro corazon un amor verdadero, capaz de hacer soportar lo acerbo de su infortunio, en el caso de renunciar á los millones que le habia ofrecido Mendilueta.

Este corazon solo podia ser el de Adela; mas ¡ay! que el corazon de Adela tenia elegido ya otro dueño en el concepto del conde, y era imposible que le amase á él.

Ademas, estaba ya todo muy adelantado, los preparativos eran inmensos para la gran solemnidad de su enlace; habia dado su palabra, y se resignó á un sacrificio, con la esperanza de que despues de casado, podria corregir los defectos de Eloisa ejerciendo sobre ella la autoridad de marido.

Don Florencio se curaba poco del fastidio que su presencia y sus palabras causaban al conde; y despues de ponderar con afectacion el traje de Elo-

sa, manifestó curiosidad acerca del adorno que, según ella decía, le faltaba aun.

— Es un magnífico aderezo de perlas — dijo Eloisa — que al ir al baile tomaré de paso en casa del joyero.

— ¡Un aderezo de perlas! — repuso don Florencio — estará usted arrebatadora.

— ¡Yo! ¡pobre de mí! — exclamó con fingida modestia la orgullosa joven.

— Las perlas... ¡oh! las buenas perlas son de última moda... es lo más distinguido que se usa en el día... ¡Y qué bien están á las rubias! ¡Qué hermoso contraste forman con su tez de nieve y sus dorados bucles! Estoy impaciente por ver ese aderezo.

— Mas lo estoy yo — replicó Eloisa. — ¡También ha sido olvido el de mi padre!

— ¿Quiere usted que vaya por él?

— No se lo entregarán á usted... Como es una cosa de tanto valor y el joyero no conoce á usted...

— Es verdad...

— Mejor será recogerlo de paso cuando vayamos al baile... porque supongo que me acompañará usted...

— Con mucho gusto.

— Ya vé usted — añadió Eloisa sonriéndose — mi futuro marido está de luto... y mi padre me ha dicho que tampoco podrá acompañarme.

— ¿Y va usted sola al baile? — preguntó el conde.

— ¡Dios me libre!

— Como dice usted que no irá su padre de usted... — alegó el conde.

— Pero también he dicho que me acompañará don Florencio.

— ¡Ah!... sí, es verdad... — replicó el conde.

— Ya verá usted como nos divertimos — exclamó don Florencio. — Apuradamente sé yo la vida y milagros de toda la alta sociedad. ¡Qué bromazos vamos á dar! No hemos de dejar titere con cabeza.

— ¡No eres tú mal titere! — pensó el conde.

En este momento se presentó un criado.

— ¿Qué hay? — le preguntó Eloisa.

— Una señora que trae una carta, y dice que ha de entregarla en manos propias.

— ¡ Una carta ! Que entre.

No tardó en presentarse en el salon una horrible vieja bisoja pobremente vestida de negro.

— ¿ Qué se le ofrece á usted ? — preguntó Eloisa.

Y la vieja contestó primero con un visaje , y despues dijo :

— Bu...bu...bu...

— ¡ Ave María purísima ! — exclamó el conde. — Ya tenemos el bu en esta casa... no nos faltaba otra cosa.

Y la vieja continuó :

— Bu...u...e...enas no...o...oches.

— ¿ Por quién pregunta usted ? — dijo Eloisa.

— Po...o...or el ssssssse...e...e...ñor de Me...e...e...

— ¿ De Mendilueta ?

— E...e...en...di...i...

— Pues , de Mendilueta.

— I...i...i...lu...u...u...u...e...e...eta.

— No está en casa ; pero si esa carta es para él , puede usted entregármela... soy su hija... y la recibirá en cuanto llegue.

— Es i...i...impo...o...o...ssssssi...ible ; la he de e...e...en...tre...e...e...gar e...e...en pro...o...o...pi...pi...pi...

— Ya tenemos aquí la clueca que viene por el pollo — dijo el conde.

— Pi...i...as m...a...a...anos.

— Pues si no quiere usted dejarla , ande usted con Dios.

— To...o...o...o...

— ¿ Deja usted la carta ?

— O...o...da...a...a ve...ez que e...e...es u...u...u...

— Acabe usted , por Dios , señora.

— U...u...u...u...

— Es una música agradable y variada — dijo el conde.

Don Florencio no hacia mas que reirse á carcajadas.

La vieja impertérrita continuaba :

— U...u...us...te...e...ed ssssssu hi...i...ija , de...e...ejo la ca...ca...ca...ca...ca...

— ¿ Qué es lo que trata de dejarnos la maldita vieja ? — exclamó el conde.

— Ca...arta.

— Eso es otra cosa.

La vieja entregó la carta á Eloisa y se retiró.

— Con permiso de ustedes — dijo Eloisa — y abriendo la carta que iba dirigida á su padre, la leyó.

Esta carta era de la tia Manuela, que reclamaba el pago de los servicios que habia prestado á Mendilueta respecto á la proyectada seducción de la hija de Ibarrola.

En este papel se hacia referencia al amor que el banquero profesaba á una señorita, y aunque no estaba escrito el nombre de esta, se hablaba del lujo con que habia de establecerla, y de las comodidades, goces y placeres que queria proporcionarle.

Eloisa leyó la carta con el desagrado que es de suponer, y no estrañó ya que hubiese perdido el cariño de su padre, puesto que este se hallaba al parecer subyugado por una pasion desenfadada.

La hija del banquero se quedó triste y meditabunda.

— Me parece que ha recibido usted una mala noticia — dijo don Florencio.

— En efecto — respondió Eloisa — he descubierto una cosa desagradable.

— Lo siento — alegó don Florencio — y mucho mas si esa mala noticia me impide acompañar á usted al baile.

— No por cierto — repuso la jóven — cuando uno tiene algun pesar, es cuando mas debe procurar distraerse. Iremos al baile.

— Y yo me retiro — dijo el conde de Campofrio — deseando que se diviertan ustedes mucho.

— Gracias, conde — replicó Eloisa. — Espero que nos veremos mañana.

— Vendré á saber si ha hecho usted muchas conquistas.

— La que deseaba la tengo hecha ya — dijo sonriéndose Eloisa.

— Eso lo veremos — pensó el conde. Y haciendo un nuevo saludo, se retiró.

CAPITULO XLIX.

LA CARCAJADA.

Andrés, despues de haberse despedido de don Manuel y de haber abrazado á Lucas, se dirigió precipitadamente á su casa con la alegría que puede el lector suponer en quien, no solo de improviso vé el término de sus infortunios, sino que lleva á su hermana y á su madre la consoladora seguridad de un porvenir dichoso.

—Tengo seiscientos reales en mi bolsillo—pensaba el honrado jóven—seiscientos reales que son míos.... fruto anticipado de mi trabajo.... y con ellos puedo hacer felices á mi madre y á mi hermana. Ya no las veré llorar... mañana mismo nos trasladaremos á una habitacion decente y cómoda... El primer gasto que he de hacer, será un trage nuevo para mi madre y otro para Adela... Luego poco á poco iré remediando todas las demas urgencias. ¡Madre mia! ahora voy á corresponder de un modo grato y digno á tus afanes y desvelos. Ahora me toca á mí hacerte dichosa, y espero que lo conseguiré. ¡Tengo unos deseos de llegar á casa!... ¡De abrazar á mi hermana y á mi

madre!... ¡De enjugar su lloro!... Madre, hermanita, les diré, ya tengo la colocacion que deseaba... Si no puedo proporcionaros una situacion brillante como yo quisiera, me cabe el placer de ofreceros un bienestar humilde. Ya no hay necesidad de que nos rebajemos á mendigar nuestra subsistencia. Yo puedo manteneros con mi trabajo... ¡Qué dulce es trabajar para mantener á una madre!

Sumergido en estas y otras reflexiones que le sugeria la bondad de su corazon, llegó Andrés á su casa, subió precipitadamente la escalera, y antes de llegar á la buhardilla empezó á vocear con alegría los nombres de su madre y de su hermana.

Nadie salia á recibirle... nadie le abria la puerta.

Llamó con sobresalto...

El mismo silencio.

Andrés se apercibió entonces del tufo del carbon, y sospechó una catástrofe.

Violentó la puerta, y no tardó en encontrar á su madre y á su hermana tendidas en el suelo.

La entrada de Andrés en su buhardilla ocurrió muy poco despues que Adela y su madre se dirigiesen el último adios.

Ambas estaban embriagadas por el humo; pero la asfixia no habia adquirido aun toda la malignidad que era de temer.

Lo primero que Andrés hizo, fué romper de un puñetazo el cristal de una ventanilla que tenia la despensa para recibir luz, encender un fósforo en la misma lumbre que servia de instrumento para el doble suicidio, arrojar en ella el agua que tuvo á mano, y abrir todas las ventanas de la buhardilla.

Andrés ejecutó cuanto era conveniente con singular acierto y con una prontitud verdaderamente eléctrica.

Sin atribularse ni estremecerse ante el horrible espectáculo que tenia á la vista, parecia inspirado en sus acciones, y gufado por una mano providencial.

Tan pronto como doña Petra y Adela comenzaron á dar señales de mejoría, los ojos de Andrés que hasta entonces habian estado secos y como azorados... brotaron de repente raudales de lágrimas.

— ¡Madre!... ¡Adela! — gritó cuando pudo hablar — ¡queriais dejarme solo en el mundo! Afortunadamente no morireis... Dios que me conduce á

tiempo de salvar vuestras vidas, ya me habia proporcionado antes un buen corazon que me ha escuchado.... que me ha socorrido.... ¡Madre! ¡madre mia! nos hemos salvado....

—A tu hermana... á tu hermana—baluceó doña Petra.

—Dios me ayuda—esclamó Andrés acabando de colocar á su madre en una silla y dirigiendo sus cuidados á su hermana.—Os salvaré á las dos. Adela... Adela mia....

—¡Andrés!—dijo Adela en los brazos de su hermano. —

El ruido que hizo Andrés para abrir la puerta, sus gritos llamando á su madre y á su hermana y el estrépito que causó al abrir las ventanas y al romper el cristal de la despensa, que como anteriormente hemos dicho lindaba con la habitacion del fosforero, despertaron á este á pesar del profundo sueño en que le tenia su embriaguez.

—¡Qué calor hace!—esclamó Trifon pasándose la mano por la frente.—No se puede respirar aquí... Vuelve á dejarse sentir con mas hedór que nunca el tufo del carbon... ¿Habré bebido demasiado? ¡Qué diablo! Una bótella de aguardiente... Otras veces suelo echarme dos al colete; pero como aguardo á Mendilueta para un asunto de alta importancia para mí, he obrado con gran talento siendo parco en la bebida... Y con todo eso no me siento bien... me ahogo de calor... la frente me arde.... Voy á dar un paseo por mi espacioso salón.

Trifon salta de la cama, y al sentar los piés en el suelo, dice:

—¡Cosa mas rara!.... parece que me haya quedado en el aire!.... Mis piés no sienten el piso!.... Eso es porque gasto buena alfombra....

Echa á andar haciendo traspiés, y tropieza con la mesa.

—¿A que vendrá esta mesa á empujarme?... He perdido el tinov... ¿Dónde está la puerta?... Esto va mal... ¡Trifon!... no seas bárbaro... vas á poseer seiscientos mil reales... no es moco de pavo para andar con bestialidades... Veo muy turbio... ¿Qué será esto? —

Anda á tientas con gran dificultad.

Cae de rodillas junto á la pared, y esclama:

—Mis piernas no pueden ya sostenerse.... ¡Canario! ¿Si iré á morirme como el hombre de Barcelona? —

Hace esfuerzos por levantarse.

—No quiero... es preciso vivir... ¡La vida es tan agradable!... —

Agarrándose á la pared y á los muebles, logra ponerse de pié.

— ¡No faltaba mas sino que espichase ahora que voy á ser rico!.... La cabeza... la cabeza se me abraza... No puedo mas.... ¡Qué oscuridad! ¡Qué humo! Yo me ahogo...

Hace esfuerzos por gritar y no puede.

Quiere andar, se tambalea y se reclina á la pared.

Por fin, con voz amortiguada, puede pronunciar las palabras siguientes:

— ¡Socorro!... ¡socorro!... Yo me muero...

Y se paseaba la mano por la frente, de la cual manaba copiosísimo sudor frio.

— ¿Y Mendilueta? — pensaba Trifon en su agonía. — Si viene ahora me robará el recibo... como robó los billetes de Ibarrola...

Trifon hace nuevos esfuerzos para andar, y se cae.

— Ese hombre maldito... ¿quedará impune?... Se apoderará de mi recibo?... ¡No, votava brios!... no ha de caer en su poder.

Y arrastrándose por el suelo, tiente los ladrillos hasta dar con uno que al parecer andaba buscando; le escarba con las uñas ensangrentándose los dedos, y logra por fin levantarle.

— ¡Bueno! La Providencia me ayuda.

Saca el recibo de uno de sus bolsillos, y lo coloca en el vacío del ladrillo, vuelve á colocar este, y como impelido por un esfuerzo sobrenatural, se levanta con facilidad, suelta una CARCAJADA horrible, y cae aplomado en el suelo, con todos los síntomas de la muerte.

En este momento invadian aquella estancia dos personajes que acababan de entrar por distintos puntos.

Andrés, que habia oido los gemidos de Trifon, entró en su buhardilla derribando la puerta de la despensa.

Mendilueta apareció por la de la escalera.

— Aquí me tiene usted, querido Trifon.

Y retrocede asustado por el denso vapor que inundaba la buhardilla.

Luego se aproxima á Trifon diciendo:

— ¿Será esto horrachera?

— ¿Será la muerte? — pensó Andrés acercándose á Trifon por el lado opuesto.

— ¡Qué veo! — exclamó Mendilueta. — ¡Aquí el joven Ibarrola!

— ¡Aquí Mendilueta! — dijo Andrés con asombro.

Trifon levanta la cabeza.

Su cadavérico semblante destellaba una espresion infernal.

Una sonrisa espantosa indicaba la satisfaccion de que aquel hombre se hallaba poseido en medio de las angustias de la muerte.

— ¡Los dos aquí! — exclamó con bronca voz. — ¡Frente á frente la víctima y el verdugo!... La Providencia os ha traído... Escuchad...

Trifon hizo grandes esfuerzos, y con el auxilio de Andrés logró incorporarse.

— Gracias, honrado jóven — prosiguió el fosforero. — Escuchad con atencion.

Y despues de una pausa como para tomar aliento, dijo con voz sonora:

— Ese hombre... ese malvado... — y miraba con horrible sonrisa á Mendilueta.

— ¡Villano! — gritó el banquero lleno de terror.

— El villano eres tú — replicó en tono sarcástico el enfermo — tú que mereces el presidio por ladron.

— ¡Infame!

— Y la horca... por asesino...

— Ese hombre está borracho — repuso el banquero esforzándose por sonreír.

— Dios me castiga por haber querido ser tu cómplice — alegó Trifon — pero me proporciona el consuelo de arrepentirme antes de morir, y de hacer públicas tus maldades. ¿Qué venias á buscar aquí?

— ¿Yo? — dijo Mendilueta lleno de confusion.

— La prueba de tus crímenes ¿no es verdad?

— ¡Yo crímenes!

— Tú, que abreviaste los días del marino Ibarrola.

— ¡De mi padre! — exclamó Andrés con espanto.

— Sí — prosiguió Trifon. — Ese hombre... ¡Dios mio!... yo me ahogo.... No puedo hablar...

— Dios te castiga — dijo Mendilueta — infame calumniador.

— No, no... Dios me dará fuer...zas. — Hace dieci...seis a...ños ese hom...bre robó cuarenta y cinco mil du...ros á su padre de us...ted...

— ¡A mi padre! — exclamó Andrés.

— ¡Calumniador! — repitió con ira el banquero. — ¡La prueba!... —

— Hable usted — dijo Andrés con ansiedad. — ¿Donde está la prueba?

— La prueba... — balbuceó con voz amortiguada el fosforero.

— ¡La prueba! — gritó trémulo Mendilueta.

— La tengo.... — dijo Trifon desfalleciendo. — La pru...e...ba es...ta...!

¡Ay!... —

Y exhalando un prolongado grito, cayó en el suelo privado de sentidos.

Andrés y Mendilueta estupefactos se cruzaron una mirada iracunda.

— Gracias, honrado joven — prosiguió el fosforero. — Escuchad con aten-

Y después de una pausa como para tomar aliento, dijo con voz sonora:

— Ese hombre... ese malvado... y mirad con horrible sonrisa á Men-

— ¡Villano! — gritó el banquero lleno de terror.

— El villano eres tú — replicó en tono serafico el entornado — tu que me-

— ¡Infame!

— Y la hora... por asomarse...

— Ese hombre está borracho — repuso el banquero colorado por son-

— Dios me castiga por haber querido ser tu cómplice — alegó Trifon —

— Yo? — dijo Mendilueta lleno de confusión — ¿cómo puede ser?

— ¡Yo crimenes!

— De mi padre! — exclamó Andrés con espanto.

— Si — prosiguió Trifon — ¡Dios maldice yo me siogo...

— Dios te castiga — dijo Mendilueta — infame calumniador.

— No temas, Dios me dará fuerza — Hace diez años que me des-

El primero de marzo, que fue una bella mañana de febrero, y era do-
 miago por cierto, salian de un madero, para ascender cuarto tercero de la
 calle del Leon, dos mujeres y un hombre, todos con trajes nuevos, y la ale-
 gría retratada en sus rostros.

Era la viuda de Ibarrola y sus hijos Andrés y Adela, que tenian á la
 puerta de su casa un carruaje que las aguardaba.

Nuestros tres predilectos por...
CAPITULO L.
 ra, y fueron recibidos con paternal afecto por otros dos que les aguardaban
 en el carruaje.

Eran don Manuel y doña Josefa, a quienes el dia anterior habian visitado
 los Ibarrola, con el objeto de mostrarles su agradecimiento por la colocacion
 de Andrés, y ofrecerles una amistad sincera.

Don Manuel y su esposa, acostumbrados de sus prote-
LLUVIA DE ABRAZOS.
 gidos, y teniendo la costumbre de ir a pasar todos los dias de fiesta en una
 finca que poseian en Fuencarral, empuñaron en que la familia de su nuevo
 dependiente habia de acompañarles, y esto es el origen de la detencion del
 carruaje á la puerta de la casa cuyo tercer piso habitaban doña Petra y sus
 hijos desde que abandonaron la bahadilla.

Aunque el campo estaba á la sazón...

El mes de febrero de 1857 acababa de espirar.

A pesar de estar este mes, como todo el mundo sabe, en el corazon del
 invierno, los habitantes de Madrid han experimentado que entre las lluvias,
 nieves y hielos de enero y los huracanes de marzo, suele el mes de febrero
 anticipar la apacible temperatura de la estacion de las flores.

Hay años en que solo falta la profusion de este vistoso esmalte de los ver-
 geles, la pompa de los árboles, la espesura de los bosques, la frondosidad
 de las praderas, y que conviertan los montes su fria aridez plateada por la
 nieve en

Inmensa y frondosa falda

De montañas españolas,

Do se mece cual las olas

Bella alfombra de esmeralda

Tachonada de amapolas...

Solo faltan estas galas, repetimos, para que algunos dias de febrero nada

tengan que envidiar á los mas hermosos de la primavera.

El primero de marzo, que fué una bella posdata de febrero, y era domingo por cierto, salian de un modesto, pero aseado cuarto tercero de la calle del Leon, dos mujeres y un hombre, todos con trages nuevos, y la alegría retratada en sus rostros.

Era la viuda de Ibarrola y sus hijos Andrés y Adela, que tenian á la puerta de su casa un carruage que les aguardaba.

Nuestros tres predilectos personajes bajaron precipitadamente la escalera, y fueron recibidos con fraternal afecto por otros dos que les aguardaban en el carruage.

Eran don Manuel y doña Josefa, á quienes el dia anterior habian visitado los Ibarrola, con el objeto de mostrarles su agradecimiento por la colocacion de Andrés, y ofrecerles una amistad sincera.

Don Manuel y su respetable consorte quedaron prendados de sus protegidos, y teniendo la costumbre de ir á pasar todos los dias de fiesta en una finca que poseian en Fuencarral, empeñáronse en que la familia de su nuevo dependiente habia de acompañarles, y este es el origen de la detencion del carruage á la puerta de la casa cuyo tercer piso habitaban doña Petra y sus hijos desde que abandonaron la buhardilla.

Aunque el campo estaba á la sazón desprovisto de los atractivos del estío, compensaba grandemente esta falta, el agradable ambiente que sin parecerse á las crudas brisas procedentes del Guadarrama, templaba los rigores de un sol radiante, que de otro modo hubiera sido imposible soportar.

La posesion de don Manuel no era una quinta de recreo, sino una casa rústica, circundada de un inmenso terreno con su correspondiente huerta de árboles frutales, y legumbres de todo jaez; pero lo que á la sazón estaba en su auge, era el frondoso y espacioso cuadro que abarcaba el artículo que tanta celebridad ha dado á la tierra donde germina.

Es bien seguro que nadie se acordaria de Fuencarral, á no ser por el excelente fruto, cuya apologia hizo don José María del Castillo en los términos siguientes:

Vuelve á mis manos, mi adorada lira...

Ven... y que el eco de tus cuerdas de oro

Hasta el asiento de los dioses vuele;

Dame, Apolo, favor: grato me inspira

Para que en canto armónico y sonoro

El alto prez y mérito revele

Del héroe sin segundo

Que ruido tanto promovió en el mundo.

En buen hora se gocen orgullosos

Villergas en su célebre *patata*,

Ayguals de la beldad de su *judia*

Miranda en sus *garbanzos* provechosos;

Y en buen hora tan fútil *patarata*

Canten en armoniosa poesía,

Que yo tan solo alabo

El nombre y hechos del sabroso nabo.

Tú, que ya solo en cuaresmal *potage*...

Ya puesto á ruedas en sabroso asado

De gordo pavo ó de cebada *polla*...

Ya formando esquisito *maridage*

Con blanca col, en guiso delicado,

O ya en el *bodrio* de podrida olla,

A los mortales prestas

Placeres tantos en ruidosas fiestas;

Tú, que ya aplicas tu virtud activa

A la gota tenaz... y á *opilaciones*,

Ya al *espolon* y callo endurecido,

Ya á *picada* de vibora nociva,

Ya al agudo dolor de *sabañones*...

Y que el *sánalo-todo* te apellido,

Recibe, en cuanto alcanzas,

Bendiciones, aplausos y alabanzas.

Y que los nabos de Fuencarral son la flor y nata de los buenos nabos, lo saben todos los amantes del *buen gusto*, y son en efecto de tan sabroso *gusto* que cuando las *naberas* los pregonan por las calles y plazas de la coronada villa, les dan la calificación de *manteca foncarralera*.

Tanto don Manuel, como doña Josefa, estuvieron amabilísimos con sus convidados, y despues de un buen almuerzo que fué devorado con el apetito que suelen dar en el campo los aires puros, el ejercicio y la franqueza de la amistad, á la sombra de un olivo cuyo tronco besaba la bulliciosa corriente de un arroyo, paseáronse por todas las encrucijadas de la huerta, viniendo á parar en un corralon, donde habia dos vacas, una cabrita y una burra, que asombraban por su robustez, consecuencia de la regalada vida que su dueño les proporcionaba, y en pago de la cual parecia que los animalitos se esmeraban en darle ricos vasos de las tres leches que tantos beneficios prodigan á la humanidad.

No menos sosegadamente se revolcaba por su mullido lecho, gruñendo de satisfaccion, un enorme marrano, emblema del obeso gastrónomo que no piensa mas que en darse una vida regalona y brutal, sin curarse del fin que le aguarda, pues tampoco él paraba mientes en si estaba próximo ó lejano el dia de San Martin, que es con relacion á los cerdos, lo que fué San Bartolomé con relacion á los hugonotes.

Por entre las patas de estos cuadrúpedos vagaban picoteando el suelo multitud de gallinas, pollos, pavos y patos, por manera que sin traer nada de los mercados de Madrid, tenia don Manuel todo lo necesario en su casa campestre para obsequiar de una manera opípara á sus amigos, y de esta verdad dió aquel dia una prueba incuestionable á sus convidados.

La comida no fué menos sabrosa que el almuerzo, y cuando ya el rubicundo Febo perdía algo de su calentura, nuestros cinco personajes salieron á dar un nuevo rodeo por los alrededores de la casa, y por cierto les chocó la miseria que respira todo aquello, particularmente las casuchas que constituyen el pueblo de Fuencarral que no se diferencia en nada del mas infeliz villorrio, y eso que Fuencarral apenas dista un corto paseo de la villa de Madrid.

La conversacion de la mañana habia sido alegre y trivial.

La de la tarde fué grave y asaz melancólica, sin que por esto dejara de traslucir halagüeñas esperanzas entre el temor de inútiles investigaciones.

—Había venido á parar, como naturalmente rodada, en las estrañas revelaciones que empezó Trifon y no pudo terminar por el horrible accidente que le privó de los sentidos.

—¿Y cómo fué eso?—preguntó don Manuel.

—Oí gemidos en la buhardilla inmediata á la que nosotros habitábamos—respondió Andrés—y forzando una puerta de comunicacion que estaba clavada, penetré en el cuarto de ese hombre, y le hallé tendido.

—¿Y el señor de Mendilueta estaba ya allí?

—No sé.... Cuando yo entré, se adelantó hácia el hombre.... Ignoro si acababa de entrar tambien él.

—¿Y qué dijo cuando el fosforero le trató de ladron y de asesino?

—Que le calumniaba... que todo era efecto de la embriaguez.

—Yo así lo creo... El señor de Mendilueta es un banquero muy acreditado en Madrid. Cuantos le tratan le tienen por hombre de bien.

—Nosotros poseemos pruebas de que no lo es.

—¿Qué me dice usted?

—Nos arrojó de su casa porque le debíamos unos meses de alquiler.

—Eso prueba rigidez—dijo don Manuel.

—Eso prueba mal corazon—alegó con enojo doña Josefa.

—Tratándose de una familia honrada... no diré yo que no—replicó don Manuel—pero si los caseros fuesen indulgentes con sus inquilinos, hay tantos caballeros de industria en Madrid.... Si no hay mas prueba que esa para justificar las acusaciones del fosforero... es un disparate creer....

—Hay otras—dijo Andrés—que si no justifican los dichos del fosforero, dan á conocer que Mendilueta es un malvado.

—Siento que tome usted con tanto calor un asunto.... que nada tiene de particular.... No vaya usted á concebir la esperanza de recobrar una gran cantidad, porque á un cualquiera se le antoja decir que este ó aquel sugeto la robó á su padre de usted. Estraño mucho que el interés le ciegue á usted hasta ese punto, á usted que es un jóven tan juicioso y comedido. No dice usted mismo que el hombre que tan graves inculpaciones dirigia á Mendilueta estaba ébrio?

—Eso es cierto.

—¿Y que es un miserable fosforero?

—Tambien es la verdad; pero... repito á usted que Mendilueta es un mal

hombre, y no porque lo diga el fosforero, sino porque nos consta á mi hermanita y á mi.

—¿A usted, señorita?— preguntó don Manuel mirando á Adela.

—Yo no me acuerdo de sus ofensas— respondió Adela bondadosamente.

—¡Cómo! ¿El banquero Mendilueta ha ofendido á usted?

—Ha querido causar la deshonra de toda la familia—dijo doña Petra.

—¿Y dices que ese hombre no es un malvado?— exclamó doña Josefa, y cogiendo á la jóven Ibarrola de la mano, preguntó con natural curiosidad:— ¿Y qué pretensiones eran las tuyas, hija mia?

—¿Yo no sé?...— respondió Adela.— ¿Por qué no pasamos á otra conversacion?

—Ha hecho todo lo posible para seducirla— alegó doña Petra.— Le ha ofrecido riquezas...

—¡Vaya una conversacion!— exclamó Adela con hastío.

—¡Ah maldito viejo!— dijo doña Josefa.— ¿Con que queria seducirla? Vamos, ¿qué respondes á esto?— preguntó á su esposo.

—Que es una mala accion..... una calaverada impropia de un caballero tan respetable como él; pero en materia de amores... se cometen tantas locuras...— alegó don Manuel.

—Eso es, defiéndele si te atreves— replicó doña Josefa.

—Todo eso no prueba que sea verdad lo que dijo el fosforero.

—Pero siendo verdad que ese señor banquero es un mal hombre— añadió doña Josefa— puede creerse de él cualquier cosa.

—Con todo, yo no aconsejaria á don Andrés que hiciese el menor caso de las palabras de un borracho.

—Sin embargo— alegó Andrés— he tratado de ver si averiguaba algo.

—¿Y qué?— preguntó don Manuel.

—Desde que se llevaron el fosforero al hospital, está en un continuo delirio, y me ha dicho el facultativo que seguramente no recobrará la razon, y que teme no saldrá de allí sino para ir al camposanto. Yo le pregunté si en su delirio pronunciaba frases que pudiesen comprenderse, y me contestó que no; que solo murmuraba palabras sueltas que no tenian conexion alguna unas con otras. Que solia hablar de un recibo que querian robarle...

—¡De un recibo!

—Mañana quiero hacerle otra visita.

—Todo será inútil, amiguito mio.

—¿Por qué ha de ser inútil?— preguntó doña Josefa.

—Porque no se alcanzará nada.

—Basta que tú lo digas.

—No es porque lo diga yo, sino porque aun suponiendo que el fosforero recobrase su salud, y pudiese hablar claro, y repitiese que el señor de Mendiluetá cometió los atentados que dijo, ¿se creerá mas á un miserable que no tiene sobre que caerse muerto, que adolece del vicio de embriagarse, y lleva todas las trazas de ser un perdido, un vago que debiera estar en Ceuta, que á un capitalista que goza en Madrid de la mejor reputacion?

—Tiene razon don Manuel—dijo doña Petra dirigiendo la palabra á su hijo Andrés.—Lo que tú debes hacer, hijo mio, es olvidar á ese hombre y todo lo que ha pasado con él.

—¿Y quiere usted que deje impune al asesino de mi padre?—La ira y la conviccion con que pronunció Andrés estas palabras, estremecieron á los que acababan de oirlas.

—¡Qué dices!—esclamó temblando doña Petra.—Si ese hombre hubiese sido el asesino de tu padre... yo seria la primera que te indajese á la venganza.

—Vamos, vamos—dijo don Manuel—esta conversacion va tomando un giro demasiado violento, que nada tiene de agradable.

—Pues bien, madre—añadió Andrés—yo quiero averiguarlo todo, y lo averiguaré.

—Hemos tenido un dia feliz—dijo don Manuel con disgusto—y ahora que vamos á emprender el regreso, ha venido á mortificarnos una conversacion desagradable que no debia haberse promovido en tan apacibles momentos de diversion. Vamos aproximándonos á nuestra cabañita, donde ya debe estar aguardándonos el carruage para regresar á Madrid. Ahora son los dias cortos, y no me gusta viajar de noche.

—¡Vaya un viaje! ¡Media legua de camino!—repuso doña Josefa.

—Pero estamos fatigados... tenemos que descansar... y para que sea completo el dia... ya sabes que he tomado cinco asientos de palco en el Teatro Real...

—¿Vamos á la ópera?—preguntó Adela.

—Sí, hija mia—contestó don Manuel—y á una ópera muy bonita.

— ¡Me gusta tanto la música!

— ¿Es usted inteligente?

— Yo creo que para ser sensible á las delicias de la música, basta tener corazon.

— Sin embargo.... puede oirse con placer, y puede saberse distinguir la buena de la mala música.

— Si señor — dijo doña Petra con el orgullo de madre — ya puede tener voto en la materia.

— ¡Hola! — exclamó con agrado don Manuel.

— Y tocaba muy regularmente el piano.

— ¿Quién no toca el piano en el día? — repuso Adela.

— Mucho se ha vulgarizado, efectivamente, ese instrumento — dijo Andrés — pero no por eso deja de ser el mas agradable y elegante de cuantos se han inventado. ¿Y qué importa que se vulgarice, si son muy pocos los que alcanzan tocarle con perfeccion? Esto le hace, en mi concepto, mas recomendable, y verdaderamente da mucho realce al mérito del que logra distinguirse. Sobresalir entre pocos no es tan difícil como descollar entre una multitud inmensa, y si yo hubiese llegado á vencer las primeras dificultades, como Adela, y tuviera su disposicion, lejos de abandonar el piano, haria esfuerzos por llegar á la altura de Gotschalk, de Thalberg, de Listz... Es mucho triunfo avasallar hábilmente un instrumento al que todo el mundo se atreve, y acaso no pasan de media docena de genios privilegiados los que hayan alcanzado el renombre de famosos pianistas.

— Yo tampoco hubiera abandonado el piano — dijo Adela — pero las circunstancias no me permitieron...

— Es cierto — interrumpió Andrés. — Y ahora que las circunstancias son otras, te hago aquí formal promesa, de que cuando sea rico te regalaré un piano.

— Cuando seas rico ya seré yo vieja — replicó Adela sonriéndose.

— Tal vez lo será muy pronto — alegó don Manuel.

— Quién sabe si dentro pocos dias..... — añadió Andrés aludiendo á las misteriosas palabras de Trifon.

— Pocos dias, no — repuso don Manuel — mas algunos años... acaso algunos meses pueden proporcionarle...

— Sea lo que fuere — objetó Andrés con resolucion — la primera cantidad

que tenga disponible, despues de las indispensables atenciones de la casa, será destinada á la adquisicion de un buen piano para tí.

—Mira que le quiero de Pleyel.

—Y de cola, que son los mejores y mas elegantes.... Esos otros en forma de cómoda, son de mal gusto entre verdaderos artistas. Se ha querido sacrificar la espaciosa comodidad del mecanismo, á una moda sin novedad, puesto que hace siglos que se conoce en las cómodas, la forma que se ha querido dar á los pianos verticales. El piano de cola es majestuoso, es magnífico, y siempre será el preferido por los inteligentes. Cuando veo en algun salon un piano vertical, digo para mí: «el aficionado que araña este teclado será algun tocador de polkas y mazourkas;» pero si veo un buen piano de cola: «¡tate! esclamo, este instrumento debe pertenecer á un buen profesor.»

—Pues bien —alegó Adela —admito la promesa de un buen piano de profesor... pero... ¡Dios sabe cuando le poseeré!

—Tan pronto como usted quiera —dijo con amabilidad don Manuel.

—Yo no le quiero hasta que Andrés sea rico —repuso Adela creyendo penetrar la generosa intencion de don Manuel.

—Para comprar un piano, me parece que ya lo es bastante... y aun para pagar los cuadernos de música y los honorarios del maestro; porque supongo necesitará usted de un buen maestro.

—Sí señor; pero eso será mas adelante.

—No por cierto, mañana mismo pueden ustedes empezar las gestiones necesarias para que los deseos de usted se cumplan.

—¿Qué dice usted? —preguntó Andrés.

—Que usted es ya un caballero de responsabilidad —alegó don Manuel sonriéndose afectuosamente —y no será extraño que encuentre algun capitán que le haga un adelanto. Yo, por ejemplo, no tendré inconveniente en prestarle la cantidad que necesite para el piano y el maestro de Adelita: pero soy muy usurero —añadió abrazando á Andrés — y luego le diré á usted el interés que voy á exigirle. Un comerciante no debe despreciar las buenas ocasiones que se le presenten de hacer grandes negocios.

—Dice bien Manuel —esclamó con alegría doña Josefa — mañana mismo, Andresito, hace usted las diligencias necesarias para el piano y demas.... y en cuanto al interés ó comision de mi marido, yo procuraré que sea una cosa moderada.

—Me contento con un abrazo de Adelita—dijo riéndose don Manuel.

—No, no es bastante—replicó muy formalmente doña Josefa.

—Yo me daría por muy bien pagado—alegó el primero.

Y doña Josefa replicó:

—Pues yo de ninguna manera.

—¡Celosa!

—No es eso... yo no me opongo á que Adelita te dé un abrazo, pero falta aun alguna cosa...

—¿Y es?

—Que Andresito me dé otro á mí.

Andrés no se hizo de rogar, y siguiendo Adela el ejemplo de su hermano, mientras este abrazaba á doña Josefa, ella admitió con ruboroso respeto el abrazo de su digno bienhechor.

Esta escena conmovió el corazón de doña Petra hasta hacerle derramar lágrimas de alegría.

—Tanta generosidad me confunde—balbuceó la buena madre—pero no es justo que abusemos de ella.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó doña Josefa.

—Que no debemos admitir...

—¡Bah!... ¡bah!...—esclamó interrumpiéndola su amiga.

—¡Envidiosilla!—dijo don Manuel á doña Petra.—Ya sé de qué nace esa oposición.

—¿De qué?—preguntó con afable sonrisa doña Josefa.

—De que se ha quedado sin abrazo.

—Eso pronto está remediado—alegó doña Josefa abriendo los brazos en ademán de estrechar en ellos á la viuda de Ibarrola.

—¡Detente!—esclamó don Manuel.

—¿Por qué?

—Porque me toca á mí y no á tí el cobro de ese rédito.

Y don Manuel y doña Petra se abrazaron.

—Pues yo no quiero ser menos—repuso doña Josefa—toda vez que el tiempo está de... lluvia de abrazos.

Las dos respetables señoras se abrazaron y besaron con fraternal expresión.

—Ahora que ya no se me puede tildar de envidiosa—objetó doña Pe-

tra—repito á ustedes que no podemos admitir...
 — ¡Silencio!..... ¡silencio, señora por Dios! —replicó don Manuel sin permitir que doña Petra terminase la frase.—Ya no hay que hablar de este asunto.

—Pero... —dijo don Manuel—

—Nada, nada... es negocio concluido.

—Yo... y lo mismo mis hijos... agradecemos tanta bondad; pero...

—Repito que es negocio terminado... he cobrado los réditos con anticipacion y por ningun concepto puedo ya dejar de prestar la cantidad susodicha.

Y en esto llegaron á donde estaba el carruaje listo para regresar á Madrid.

—¿Qué tal se ha pasado el día?—preguntó don Manuel.

—Deliciosamente—respondió doña Petra.

—En medio de todo esto—alegó doña Josefa—he tenido un gran pesar.

—¡Tú!—esclamó su marido.

—Sí señor—dijo fingiendo mucha seriedad la buena señora—me ha faltado el cortejo....

—Es cierto..... y ha sido una lástima—añadió don Manuel—pero ¿qué le harás, esposa mia? tu cortejo es un infiel... ha preferido quedarse con su ramillettera...

—¡Pobre Lucas!—esclamó Andrés.—¡Es tan bueno! Verdaderamente es lástima que no le hayamos traído en nuestra compañía... Tiene un carácter tan jovial...

—Yo le quiero mucho—dijo doña Josefa.—Por eso Manuel le llama mi cortejo.

—¡Qué hermoso corazon el suyo!—dijo Andrés con lágrimas de gratitud en los ojos.

—Corazones como el suyo y el de su madre... hay pocos en el mundo—añadió doña Petra igualmente conmovida.

—¡Y un génio tan alegre!—esclamó don Manuel.—Estoy cierto que nos hubiera divertido mucho con sus relaciones de comedia..... ¡Qué aficion tan loca al teatro! Por eso no ha venido con nosotros... Me ha dicho que hoy tenía ensayo de no sé que funcion... y que un día de estos habrá ensayo general y quiere que asistamos á él. Yo iré de muy buena gana al ensayo y á la

funcion, porque me parece que el pobre muchacho se ha de lucir. Lo que es mis aplausos no le han de faltar.

—Ni los míos—dijo doña Josefa.—Aquel día voy á romper un par de guantes.

—Vamos, vamos, que se hace tarde—dijo don Manuel ofreciendo la mano á doña Petra para subir al carruaje.

Encajonáronse uno tras otro en el vehiculo de rueda por pata, con su correspondiente nieto de Pelayo que empuñaba la fusta, y á sus primeros chasquidos, partió el corcel con direccion á la populosa villa metropolitana.

CAPITULO LI.

EL GOZO EN EL POZO.

En pos de los terribles y prolongados infortunios que la viuda de Ibarola y sus interesantes hijos habían sufrido, los halagos del apacible porvenir que comenzaba á sonreírles érales tan agradable, que hasta la pobre Adela, tan desgraciada en sus amores, parecía haber dado treguas á sus amarguras, particularmente desde que pisó el magnífico teatro de Oriente.

Hacia tiempo que la candorosa jóven no sentía las emociones de placer que la buena música hace germinar en los corazones sensibles.

LA MÚSICA MELÓDICA

ES DEL CIELO EMANACION;

ES UN AURA DELICIOSA

QUE REFRESCA EL CORAZÓN.

Hé aquí lo que escribimos años atrás con ocasion de inaugurar sus funciones dramáticas una sociedad de jóvenes artistas, alumnos del Conservatorio de música y declamacion.

Dichos cuatro versos forman parte de una *Invocacion á las Musas*, y glo-

sados en décimas, los recitó de una manera admirable y magistral, la señora doña Josefa Hijosa, arrancando nutridos aplausos, entre un diluvio de flores, á la brillante concurrencia, que pidió entusiasmada su repetición.

Las décimas á que hacemos referencia, son las siguientes:

I.

Euterpe, tú que las penas
Mitigas con dulce acento,
Tú que embalsamas el viento
Con melifluas cantilenas,
Tú que diste á las Sirenas
Lira acorde y voz hermosa,
Protégenos generosa;
Y este centro de Talía
Oiga también algun día
LA MÚSICA MELODIOSA.

II.
Esa tierna melodía
Que conmueve en dulce calma
Y hace palpitar el alma
De suavísima alegría,
Con angélica armonía
Avasalla el corazón,
Y como precioso don
Que hace Dios á los mortales,
Para alivio de sus males
ES DEL CIELO EMANACION.

III.
En la hermosa primavera
Salúdan los ruiseñores

A las perfumadas flores
 Que engalanan la pradera.
 Tiende sus alas ligera
 La pintada mariposa
 Volando de rosa en rosa
 Para oír trinos tan bellos,
 Y el áura que juega entre ellos
 Es un ÁURA DELICIOSA.

IV.

Ornen laureles la sien
 De Verdi, del gran Rossini,
 Del malogrado Bellini,
 Donizetti y otros cien,
 Que convirtiendo en Eden
 De las Musas la mansion,
 Su exaltada inspiracion
 Hizo que lloviese el cielo
 Un bálsamo de consuelo
 QUE REFRESCA EL CORAZON.

El tierno corazón de Adela recibía este bálsamo consolador, escuchando con religioso arrobamiento las dulcísimas melodías de *la Sonámbula*. Las palabras de júbilo que pronunciaba la protagonista, que como sabrán nuestros lectores, era una pobre jóven que iba á contraer matrimonio con un rico aldeano á quien quería y de quien era amada, la interesaban al principio; pero en breve notó cierta analogía entre sus desgracias y las de *la Sonámbula*, que no tardó en recordarle el bien que le había arrebatado su rival. Adela, lo mismo que la desventurada Amina, hubiera podido también es-

Ah! non credea mirarli

Si presto estinto, o fiore!...

Passasti al par d'amore

Che un giorno sol duró.

Potria novel vigore
 H pianto mio recarti;
 Ma ravvivar l' amore
 Il pianto mio non può.

Pero antes de que se cantase esta grande aria final, habiase convertido en acibar todo el dulzor que la música habia infiltrado en el alma de la tierna jóven.

¡Desventurada! Apenas se empezaba el acto segundo, sordo rumor se levantó de improviso por todas partes, y las miradas de los concurrentes se dirigieron unánimes á uno de los palcos del piso principal.

Acababa de invadirle una jóven, que tanto por su estremada hermosura, como por la elegancia y riqueza de sus adornos, eclipsaba á las demas bellidades que brillaban aquella noche en el régio coliseo.

Una voz se dejaba oir por todas partes.

Una sola frase corria de boca en boca.

Adela oyó tambien esta frase insignificante para todos, menos para ella.

Era para todos una noticia ya indiferente por sabida.

Para Adela fué una gota de plomo derretido que laceró su corazon.

—Es la futura esposa del conde de Campofrio— tales eran las palabras que de boca en boca se deslizaban.

Y los hombres añadian:

—Esta encantadora.

Y las mujeres la miraban con envidia.

Y todos los gemelos se dirigian al palco donde se hallaba la orgullosa hija del banquero Mendilucta.

El triunfo de esta hermosura fué completo.

Eloisa lo conocia así y espresaba toda la fatuidad de su orgullo en cierta coquetería que parecia decir á las demas mujeres: «Os he vencido.»

Y si tan imprudente conducta escitaba el desagrado general del bello sexo, pueden calcular nuestros lectores cual seria el de Adela en tan críticos momentos.

Sin embargo, en medio del acerbo dolor que le causaba la presencia de una rival triunfante, quedábale á la desventurada jóven un consuelo.

El conde de Campofrio no estaba en compañía de Eloisa.

— Otro joven, al parecer muy elegante, habíala despojado de su riquísimo abrigo blanco, y se sentó al lado suyo con íntima franqueza, haciendo todas aquellas monadas con que ciertos *soi-disant* elegantes desempeñan el papel del oso en los sitios mas concurridos de la coronada villa.

Ya habrá conocido el lector en el personaje que acabamos de presentarle á la vista, á nuestro melifluo y evaporado don Florencio, que inagotable en sus recursos oratorios, hacia la corte á Eloisa, hablando con ella eternamente de una manera chocante y misteriosa que ponía en ridículo, no solo á Mendilueta que lo toleraba desde un rincón del palco, sino al conde, á quien todos compadecían por la suerte que le aguardaba.

— ¿Si habrán reñido? — pensaba Adela.

Y la infeliz se esforzaba por confirmarse en esta idea consoladora, cuando vió que el palco donde estaba su rival, se abrió de repente, y don Luis, su antiguo amigo, el ídolo de su alma, se presentó á sus ojos mas interesante que nunca.

A su aparición se levantó don Florencio y cedió su sitio al conde, que le ocupó despues de haber saludado al banquero.

Desde este momento, el lindo rostro de Eloisa tomó un aspecto grave, y su atención se fijó profundamente en las agradables melodías de la ópera.

De vez en cuando le dirigía el conde la palabra con frialdad, y ella le contestaba sin distraer sus miradas, que auxiliadas por los gemelos tenía casi siempre fijas en el escenario, del cual no habia hecho caso hasta entonces.

— ¿Parece que le gusta á usted la ópera? — preguntóle el conde con irónica sonrisa.

— En efecto, me gusta mucho — respondió Eloisa.

— Tiene muy buena música.

— Y con todo eso no es del agrado de usted.

— Si no fuese de mi agrado no diría que es buena.

— ¿Cómo viene usted tan tarde?

— Me he entretenido con unos amigos en el café...

— ¡Siempre la preferencia á los amigos!

— ¿Trata usted de reprenderme?

— Bien lo merece usted.

— ¿Cómo así?

— ¡Venirse á la ópera cuando está para terminarse!

—Y de veras ¿ha notado usted mi falta?

—Creo que no debo contestar á esa pregunta —dijo Eloisa con fingido enojo.

—Es lo mejor para salir del apuro sin comprometerse á no decir la verdad.

—¿Acaso le he engañado á usted alguna vez?

—¡Usted!... Es usted incapaz de engañar á nadie.

Y á estas breves palabras siguió el silencio y la indiferencia.

Pocos momentos después se levantó el conde, y se retiró, no sin haber saludado á Mendilueta y á su hija como si fueran personas de cumplimiento.

Don Florencio volvió á sentarse al lado de Eloisa y estuvo con ella en animada conversacion, hasta que terminado el espectáculo volvió á poner el abrigo á su amiga y le dió el brazo para retirarse.

Adela habia creído pasar en el teatro una noche agradable, y volvió á casa con el corazon desgarrado por los celos y la incertidumbre.

CAPITULO ÚLTIMO.

EL PREMIO DE LA CARIDAD.

Hemos llegado á mediados de marzo, y al deseado dia en que el buen Lucas y Cármen la ramilletera habian de tomarse los dichos.

—Pues señor—dijo Lucas á su novia al verse en la antesala de la Vicaría—ya estamos aquí.

—Y qué ¿estás arrepentido?—le preguntó Cármen.

—Lo que siento es que no sea este el dia de las bodas; pero él llegará tambien, pues como dice el *Convidado de piedra*:

No hay plazo que no se cumpla

Ni deuda que no se pague.

—¿Dónde está mi madre?

—Estará en el despacho con la mia y con los testigos...

—Sin nosotros no pueden hacer nada allí.

—Pueden descansar mejor, que hay buenos bancos.

— Confiesa que es una solemnidad muy pobre.

— Esto no es nada aun...

— Sin ningun séquito... ni siquiera la señora de Ibarrola...

— Ya dijo doña Petra que vendrían directamente á la Vicaría.

— Pues ya ves que no hay nadie. Don Manuel, su señora, mi madre, la tuya, dos de los testigos, y pare usted de contar.

— Esto no es mas que el prólogo.... Ya verás para el casamiento, he de convidar á medio Madrid... Aquel dia estrenaré mi traje negro.

— Eso es ¿quieres vestirme de luto porque te casas?

— No; pero me presentaré de etiqueta.

— Pues mira, mas me gustas como estás ahora, con esa faja que yo te regalé...

— Es verdad... el dia de mi santo.

— Y esa capa tan airosa....

— Tambien puedo llevar capa encima del frac.

— Sí, mas fácil es que la lleves encima que debajo.

— Anda allá, burlona.

— Te digo que no estarás tan bien como hoy.

— ¿De veras te gusto?

— Y mucho... con ese aire de tuno...

— Calla, ó llama al cura que nos case pronto.

— ¿Y qué te parezco yo?

— Retrechera como siempre.

— ¿Tan hermosa estoy?

Lucas declamó los siguientes versos:

Entre rosas y claveles,

Eres con señas iguales,

La Tetis de estos cristales,

La Flora de estos vergeles.

— ¡Ay! perdona, querida mia — prosiguió. — Me habia olvidado de que no te gusta que te requiebre con versos de comedia. Pues bien, para variar te diré en prosa que te quiero mucho, y que estás muy linda.

— ¿Y me querrás lo mismo cuando seas mi marido?

— Sobre que has de quedar tan contenta como Margarita la del *Mágico Africano*, que decia :

Mi fiel esposo me adora
 Con respeto, afecto y fé,
 Y en tres estremos, no sé
 Cual mas agradezco ahora.
 Me festeja y enamora
 Con afecto tan rendido,
 Que él solo unir ha sabido
 En tan solícito afan,
 Rendimientos de galan
 Con finezas de marido.

—Allá lo veremos.

—Cármen... Carmencita...

—¿Qué quieres?

—Se me ocurre una cosa.

—¿Cuál es?

—Dentro de un año sacaremos una partida de bautismo.

—¿Quieres callar?

—Mi primer hijo se ha de llamar Felix.

—¿Por qué?

—Porque es el nombre que dió Calderon á los amantes de sus comedias, segun ha observado Moratin. No quiero que maneje la brocha gorda.... Le haré abogado.

—¡Vanidoso! — dijo la señora Juana, que en aquel momento acababa de salir del despacho de la Vicaría.—No reniegues nunca de tu oficio.

—Yo no reniego de mi oficio; pero si uno puede ir progresando....

—Tan honrado es el que cava la tierra como el que escribe en un bufete.

— Por eso que hay la misma honradez en todos los oficios vale más elegir el mas cómodo. Ya me verá usted con mi frac negro el dia de las bodas...

¡Oh lo que tarda una dicha

Quando la aguarda un deseo!

Que se apresurára creo

Si pudiera ser desdicha;

Pues porque pueda lugar

La pena en todo tener,

Es perezoso el placer

Y es diligente el pesar.

—¿Ha llegado el señor vicario?—preguntó Cármen.

—Aun no, hija mia—respondió la señora Juana—pero ya no puede tardar.

—¿Y los testigos están todos?—preguntó Lucas.

—En cuanto llegue la señorita—respondió la señora Juana aludiendo á doña Petra—en cuanto llegue la señorita con sus hijos, ya no faltará nadie.

—¿A que no adivinas qué me parece esto?—preguntó Lucas á Cármen.

—¿Qué sé yo?

—Me parece que estamos en un ensayo aguardando á alguno de los morosos para empezar. Pero aquí están doña Petra y el señorito Andrés y la señorita Adela.

Efectivamente aparecieron en este instante los citados, y la señora Juana y la novia se apresuraron á recibir y saludar afectuosamente á doña Petra y Adela, mientras Andrés estrechaba la mano de Lucas.

—Ya sabia yo que serian ustedes puntuales—dijo el novio.

—¿Cómo habiamos de faltar á una doble solemnidad, á un doble convite?—repuso Andrés.

—¡Doble convite!—esclamó doña Petra.

—A lo menos yo, madre, he recibido dos recados de convite.

—¿Hay otro desposorio?—preguntó doña Petra.

—Sí señora—dijo Andrés.

—¿De quién?—preguntó Adela.

—De unos amigos nuestros—repuso Andrés sonriéndose con afectacion.

—Te sonries de una manera que me hace temblar—alegó Adela.

—Vamos, dí, ¿quién te ha convidado?—preguntó la madre.

—Trifon—respondió Andrés.

—¡Cómo! ¿El fosforero que vivia junto á nuestra buhardilla?

—El mismo.

—¿El pordiosero de Santa Cruz?—preguntó Adela.

—El mismo.

—¿Pues no se estaba muriendo en el hospital?

—Ya está bueno; pero... ¡calla!... Se oye gran murmullo de gentes que suben la escalera... ya estará aquí sin duda el gran séquito... Madre, hermana, van ustedes á ver aquí grandes cosas; pero no hay que aturdirse ni oponerse á lo que yo haga.

Y Adela y doña Petra se estremecieron al reparar que Andrés estaba pálido y que dirigía hácia la puerta miradas de iracunda ansiedad.

Este estremecimiento de la madre y de la hija, así como la palidez y la agitacion del jóven Ibarrola, subieron de punto cuando vieron invadir aquella antesala al banquero de Barcelona seguido de su hija, del conde de Campofrio, y de multitud de personas de la mas distinguida sociedad madrileña.

—¡Dios mio!—esclamó Adela al ver al conde, y hubo menester de todo su valor y de la energía de ánimo de que le habia dotado la naturaleza, para no desmayarse.

El asombro fué general, y Lucas dijo á Cármen con cierto orgullo:

—¡Tambien es casualidad! ¡Desposarme yo el mismo dia que el señor conde de Campofrio!... ¡Que pronto se hacen estas cosas.... que duran sin embargo toda la vida!

—¡Cuanta gente! Ese si que es un acompañamiento lujoso...—dijo Cármen en voz baja á Lucas.—Pues es divertido esto de tomarse los dichos.

—Y mas divertido es casarse, ya verás—alegó Lucas con truhanería.

—Madre—decia Adela—vámonos á un rincon.

Y el conde de Campofrio murmuraba entre dientes:

—Ya se acerca la hora del sacrificio.

Y el conde quedó meditabundo con la vista fija en el suelo.

—Vamos antes de que me vea—decia Adela llorando—vámonos de aquí.

El conde reparó en los hijos de Ibarrola y exclamó para sí:

—¡Adela!... ¡Andrés!...

—¡Ellos aquí!—piensa con asombro Mendilueta.

El conde no puede contenerse y hace un movimiento para dirigirse á la hija de Ibarrola, pronunciando con afectuosa espresion:

—¡Adela!

Eloisa le detiene exclamando á su vez :

— ¡Caballero!

— ¡Que ruido meten los ricos para todo! — dijo reservadamente Cármen á su novio.

— Por eso hay una comedia — repuso Lucas — que se llama *Oros son triunfos*.

— Entremos, conde — dijo Mendilueta á Campofrio, que se habia quedado meditabundo — entremos ya.

— Caballero... — exclamó Andrés oponiéndose al paso de Mendilueta.

— ¿Habla usted conmigo? — preguntó el banquero.

— Tengo que decir á usted dos palabras delante de todos estos señores, antes de que profane usted el despacho de la autoridad eclesiástica.

— ¿Qué es esto? — dijo con desagrado Mendilueta.

Andrés toma del brazo al banquero y señalando á doña Petra y Adela que se han retirado á un rincón, dice en tono severo:

— Allí hay dos mujeres.

— Qué me importa á mí...

— Despacio... La una es mi madre... la otra es mi hermana... El hambre y la desesperación estuvieron á punto de arrastrarlas al suicidio.

— ¡Que escucho! — exclamó para sí el conde. — ¡Desventuradas!

— ¡Lo que tarda Trifon! ¿Me faltará á su promesa? — pensó Andrés, y en voz alta añadió: — Y usted viene á insultar su desgracia... su dolor... su pobreza...

— ¡Yo! — exclamó el banquero mas pálido que la cera.

En este instante Andrés vió á Trifon detras de la multitud, y recobrando nuevos ánimos, añadió:

— Usted... Mendilueta... el banquero de Barcelona... el de la quiebra fraudulenta...

— ¡Caballero!...

— Viene á comprar una corona de condesa á su hija con el oro robado...

— ¡Jóven! — exclamó el banquero con ira. — ¿Ha podido usted dar crédito á las calumnias de un mendigo?...

— ¿Y cree usted que las palabras de un mendigo no significan nada?

En este momento se levantó un gran murmullo de desaprobación entre las personas que componian el séquito de Mendilueta.

—¡Silencio, señores! — gritó con energía el conde de Campofrío.

Y cuando se restableció la calma, continuó Andrés:

— Si creen ustedes que de nada sirven las palabras de un pordiosero... yo aseguro que en la dote que da Mendilueta á su hija, hay cuarenta y cinco mil duros robados á mi familia.

— Si eso fuera verdad... — exclamó el conde.

— Usted está loco... — dijo el banquero aparentando serenidad, y queriendo desprenderse de Andrés que le tenia asido del brazo.

— Dos cosas están probando en este momento la verdad de mis palabras.

— ¡Dos cosas!

— Si señor... la turbacion de usted... y mi conciencia...

— ¡Esto es una infamia, señores!... — gritó Mendilueta.

— No grite usted, señor mio... Baje usted la cabeza... Solo á mí me corresponde levantarla.

— ¡Pobre joven! — repuso el banquero esforzándose por sonreirse. — Le compadezco á usted... y para que se convenza usted de la ineficacia de esos arranques de desesperacion, me permitiré hacer una sencilla pregunta á este caballero.

Y en medio del mas profundo silencio, aproximóse Mendilueta al conde, y con acento conmovido le preguntó:

— ¿Cree usted, señor don Luis, que hay alguna deshonra en aceptar la mano de mi hija?

— Sí... — dijo don Luis con energía — la hay en efecto.

Esta respuesta hizo una profunda sensacion en todos los que la oyeron.

Mendilueta se quedó como petrificado, su hija se cayó desmayada en los brazos de algunas de sus amigas.

Los mas de los *dignos amigos* que componian el séquito de Mendilueta, desaparecieron, sin duda para ser los primeros en divulgar el lance por todo Madrid.

Don Luis se arroja en los brazos de su amigo de la infancia, y luego, besando la mano de doña Petra, esclama:

— Madre mia, yo prefiero mil veces la miseria á la deshonra... ¡ Si Adela me amase!

— ¡ Oh!... mas que nunca, Luis... y si mi amor puede compensar la pérdida de sus intereses... — respondió Adela.

— ¡Cómo! ¿no ama usted á otro?

— No, Luis mio; pero temia que perdiese usted el protector que ponía sus riquezas á disposicion de usted...

— ¡Y se sacrificaba usted por mí!

Don Manuel escuchaba este coloquio llorando como un niño, y no pudiendo contenerse, dijo lleno de gozo:

— Los sacrificios, se acabaron ya, hijos míos.

— ¿Quién es este caballero? — preguntó don Luis á Adela.

— Nuestro bienhechor.

— El que ofrece á usted su fortuna, con la sinceridad que la ofrecen los hijos del pueblo que la han adquirido honradamente. Señor conde, ninguna falta nos hace Mendilueta.

Y don Manuel estrechó la mano del conde, que derramaba lágrimas de alegría.

Mendilueta procura recobrar todo su aliento, y envalentonándose por la misma rabia de que estaba poseido se aproximó á Andrés y gritó como fuera de sí:

— Eres un villano calumniador... Has pronunciado una mentira atroz... pero desgraciado de tí y de tu familia. Os llevaré á todos ante los tribunales... y sereis castigados... porque sois impostores... acusais sin pruebas... y si no... presentadme una sola... presentadme una sola prueba...

— Aquí está — exclamó Trifon ostentando un papel con aire de triunfo.

— ¡El pordiosero de Santa Cruz! — murmuraron todos.

— ¡Trifon! — gritó con ira Mendilueta.

— El mismo que viste y calza.... Tengo siete vidas como los gatos. Mi pellejo es muy duro... y no me muero tan fácilmente. Tome usted, señorita.

Trifon entrega el papel á Adela.

— ¿Qué es esto? — pregunta la jóven.

Trifon continúa:

— Usted fué la primera en socorrerme á la puerta de Santa Cruz.... Con esto pago á usted su primera limosna.

— ¿Pero que es esto?

— Una ordencita.... nada.... se presenta usted con ese papelito á la caja del señor de Mendilueta, y cobrará usted ciento y dieciseis mil y pico de duros contantes y sonantes...

Y dirigiéndose á Mendilueta añadió :

— ¿No es eso?... Cuarenta y cinco mil duros y los intereses compuestos de dieciseis años.... ¡Cómo se alegrará usted de que yo no me haya muerto, y sobre todo de que no se me haya extraviado el recibo!

Mendilueta hace un movimiento hácia la puerta.

—Aguarde usted un momento—le dijo Trifon—no tenga usted tanta prisa... Aun me falta que cumplir un encargo que me han dado para usted... No hay que afligirse, es una comision de parte del gobernador... Ahí fuera hay unos sugetos que le están aguardando á usted.

—¡A mí! —tartamudeó Mendilueta temblando.— ¿Qué me quieren?

Trifon hace una seña á la puerta y se presentan el mismo celador y agente que le prendieron en casa del banquero.

— ¿Quienes son esos hombres? —preguntó Mendilueta asustado.

— ¡Menguado fisonomista es usted, amigo mio! —dijo Trifon riéndose.— ¿No conoce usted á los señores?

—No les he visto nunca.

— ¡Que mala memoria! ¿No se acuerda usted del refrigerio con que se dignó usted honrarme hace algunos meses?

— ¡Acabemos! —esclamó con impaciencia el banquero.

—Yo soy un caballero muy cumplido, y debia pagar á usted obsequio por obsequio. Usted me hizo conducir á San Bernardino.... ¿no es verdad? Pues bien, ahora estos mismos señores tendrán la bondad de llevar á usted...

— ¡A mí! ¿A donde?

—Al Saladero —dijo Trifon en tono de autoridad.

El celador y el agente se aproximan á Mendilueta.

— ¡Señores! —murmuró retrocediendo.

—Esto me recuerda el título de una comedia de Breton —dijo Lucas á Cármen.

— ¿De qué comedia? —preguntó Cármen.

—De la que representamos en una de nuestras últimas funciones... *A la zorra candilazo*...

—Buena zorra parece el tal banquero.

—Pues anda, que el candilazo que le ha dado el mendigo de Santa Cruz le va á dejar sin poder ganar.

Trifon se acercó á Mendilueta, y le dijo:

— Estamos en paz... ya ve usted que le he pagado puntualmente la deuda... Es otro resabio que me ha quedado del comercio.

— Ya ves lo que es la riqueza — dijo la señora Juana á su hijo. — Quisieras ser rico á ese precio?

— A ese precio, no — respondió Lucas — pero quiero ganarme honradamente una brillante posicion.

— ¿Por qué tienes tanta aversion á ser pobre?

— Madre, por aquello que dice Fabio en la comedia *Amor vencido de amor*:

Muera en hora buena el pobre,

Pues en hora mala nace;

Que todos viven ahitos

De quien se muere de hambre.

Mientras algunas almas caritativas sacaban por un lado á la hija desmayada, por otro salia Mendilueta custodiado por la policia.

— Si no fuera por usted, amigo mio... — dijo Andrés á Trifon.

Y Trifon mirando con ternura á la interesante Adela dijo con la conviccion que le daban su gratitud y el arrepentimiento de sus estravíos:

— Por mí no, por esta encantadora criatura. Ya ve usted, señorita, como siempre obtiene su recompensa el que da limosna á los pobres.

— Dios nunca deja sin galardón la caridad — dijo la señora Juana.

— ¡Cuanto debemos á todos ustedes! — balbuceó doña Petra llorando de gozo.

— Madre mia — dijo el conde á doña Petra — bendiganos usted antes de que recibamos la bendiccion del sacerdote. La de una madre es siempre precursora de la de Dios.

— Sí, hijos míos... yo os bendigo con toda mi alma.

— Lucas — exclamó Andrés conmovido — cualquiera que sea nuestra suerte, somos hermanos... siempre seremos individuos de una sola familia.

— No puedo yo ofrecer á ustedes una fortuna — alegó el conde de Campofrio — pero si un corazon reconocido...

Todos lloraban de gozo... todos hablaban tartamudeando de emocion.... todos se esforzaban por dar muestras de generosidad.... Era una lucha de sentimientos magnánimos.

Mientras las mujeres derramaban lágrimas de placer, los hombres se abrazaban, y don Manuel aprovechó las últimas palabras que acababa de pronunciar el conde de Campofrio para reiterar su promesa de ayudarle con su fortuna al arreglo de sus negocios.

Contaba además para ello con la nueva fortuna de la familia de su futura esposa.

El triunfo de la virtud y de la inocencia había sido completo.

— Madre, hermana, amigos míos — exclamó Andrés conmovido hasta el extremo de hablar con dificultad suma. — No olvidemos nunca á los desvalidos, á los verdaderos pobres... Si á la caída de la noche vemos personas que vacilan... ó se ocultan en la oscuridad... esos desgraciados quieren pedirnos limosna y no se atreven. Entonces, si ellos no nos tienden la mano suplicante... abramos la nuestra con generosidad... si ellos no vienen hácia nosotros... corramos nosotros á ellos... Dios ha escrito en el libro santo de sus preceptos, LA CARIDAD como la primera de las virtudes.

Un año después, mientras Mendilueta arrastraba la cadena del criminal en uno de los presidios de Africa, solemnizábase con gran pompa un bautizo en la iglesia de Santa Cruz.

La señora Juana y don Manuel, eran padrinos del primogénito de los condes de Campofrio.

Un hombre á quien las gentes habían visto pordiosear en el poyo de la iglesia, decentemente vestido por haber ascendido á mayordomo de dichos condes, prodigaba crecidas limosnas á los pobres que se agolpaban en su alrededor.

Una jóven idiota recibió doble cantidad que las demas.

Esta jóven, estremadamente bonita, habiase alelado á consecuencia de un gran disgusto, y vivía de pordiosear á la puerta de Santa Cruz, donde tantas veces había hecho desprecio del mendigo Trifon; porque ya habrá adivinado el lector que esta infeliz era la orgullosa Eloisa.

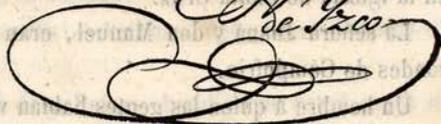
El arrepentido Trifon, mayordomo de los condes de Campofrio, la socorria con generosidad.

Cármén y Lucas vivían también felices y próximos á tener su primogénito. Lucas no había olvidado su afición á recitar trozos de comedias antiguas. Le llamaremos para que termine la presente historia con los siguientes versos:

Con esto, ilustres lectores,
 La novela aquí se acaba,
 Y por mí, el autor os ruega,
 Que le perdoneis sus faltas.

PARIS 24 DE MAYO DE 1857.

Wenceslao Ayguales
de Yzco



ÍNDICE.

PRÓLOGO.—EL BANQUERO DE BARCELONA.

	Páginas.
CAPÍTULO I. La resolución.	3
== II. Tal para cual.	9
== III. El depósito.	14
== IV. La niña mimada.	21
== V. Una catástrofe.	30
LOS POBRES DE MADRID.	
CAPÍTULO I. El qué dirán.	35
== II. El figón de la tía Maraños.	44
== III. La comida.	55
== IV. La plazuela de Santa Cruz.	61
== V. Un amigo improvisado.	69
== VI. Peor es el remedio que el mal.	78
== VII. El encuentro.	87
== VIII. Tributo de gratitud.	98
== IX. La visita.	108
== X. Un desengaño.	122
== XI. La averiguacion.	127
== XII. La bendicion maternal.	131
== XIII. La caridad.	137
== XIV. Amistad desvalida.	143
== XV. Una carta.	155
== XVI. La tentativa.	162
== XVII. La convulsion.	166
== XVIII. La reclamacion.	174
== XIX. El retrato.	180